

JUAN AMOS COMENIO
(1592-1670)

**Laberinto del Mundo
y Paraíso del Corazón**

de Juan Amós Comenio
(Selección)

Laberinto del Mundo y Paraíso del Corazón

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	- Al lector
CAPITULO I	- La causa de la peregrinación al mundo
CAPITULO II	- El Peregrino recibe a Ubicuo como guía
CAPITULO III	- Engaño se une a los viajeros
CAPITULO IV	- El Peregrino recibe el freno y los anteojos
CAPITULO V	- El Peregrino contempla al mundo desde arriba
CAPITULO VI	- La Fatalidad distribuye las vocaciones
CAPITULO VII	- El Peregrino examina la plaza del mercado del mundo
CAPITULO VIII	- El Peregrino examina el estado del matrimonio
CAPITULO IX	- El Peregrino examina a los jornaleros y trabajadores
CAPITULO X	- El Peregrino examina el estado de los doctos
CAPITULO XI	- El Peregrino visita a los filósofos
CAPITULO XII	- El Peregrino estudia a los alquimistas
CAPITULO XIII	- El Peregrino observa a los Rosacruces
CAPITULO XIV	- El Peregrino examina la profesión médica
CAPITULO XV	- El Peregrino observa a los abogados
CAPITULO XVI	- El Peregrino observa la promoción de los Magistrados y Doctores
CAPITULO XVII	- El Peregrino examina la orden religiosa
CAPITULO XVIII	- Examina la religión Cristiana
CAPITULO XIX	- El Peregrino ve los estados de los Señores
CAPITULO XX	- El estado de los soldados
CAPITULO XXI	- Los caballeros
CAPITULO XXII	- El Peregrino se halla entre los periodistas
CAPITULO XXIII	- El Peregrino examina el Castillo de la Fortuna
CAPITULO XXIV	- El Peregrino examina el modo de vida de los ricos
CAPITULO XXV	- La vida de los voluptuarios
CAPITULO XXVI	- La vida de los exaltados de este mundo
CAPITULO XXVII	- La gloria de los famosos en el mundo
CAPITULO XXVIII	- El Peregrino comienza a desesperar, y discute con sus Guías
CAPITULO XXIX	- El Peregrino examina el Castillo de la Sabiduría, la reina del mundo
CAPITULO XXX	- El Peregrino es acusado en el Palacio de la Sabiduría
CAPITULO XXXI	- Llega Salomón con gran cortejo al Palacio de la Sabiduría
CAPITULO XXXII	- El Peregrino observa los juicios secretos y el gobierno del mundo
CAPITULO XXXIII	- Salomón expone las vanidades y engaños de este mundo
CAPITULO XXXIV	- Salomón seducido y capturado
CAPITULO XXXV	- El cortejo de Salomón se dispersa, es capturado y puesto a muerte

- CAPITULO XXXVI** - El Peregrino desea huir del mundo
- CAPITULO XXXVII** - El Peregrino encuentra el camino a casa
- CAPITULO XXXVIII** - Recibe a Cristo como su invitado
- CAPITULO XXXIX** - Se prometen mutuamente
- CAPITULO XL** - Cómo fue transformado el Peregrino
- CAPITULO XLI** - El Peregrino es conducido hacia la iglesia invisible
- CAPITULO XLII** - La luz de los cristianos espirituales
- CAPITULO XLIII** - La libertad de los corazones unidos a Dios
- CAPITULO XLIV** - El gobierno de los cristianos espirituales
- CAPITULO XLV** - Para el corazón unido a Dios todo es ligero y fácil
- CAPITULO XLVI** - Los santos tienen abundancia de todo
- CAPITULO XLVII** - La seguridad de los corazones unidos a Dios
- CAPITULO XLVIII** - Los fieles disfrutan paz
- CAPITULO XLIX** - Poseen gozo constante en su corazón
- CAPITULO L** - El Peregrino examina algunas clases entre los cristianos
- CAPITULO LI** - La muerte de los fieles cristianos
- CAPITULO LII** - El Peregrino contempla la Gloria de Dios
- CAPITULO LIII** - El Peregrino es recibido entre los hijos de Dios
- CAPITULO LIV** - La conclusión de todo ello

AL LECTOR

Toda criatura, aun una irracional, naturalmente tiende a deleitarse en el placer y la holganza, y a procurarlos; tanto más cuando, por razón de sus facultades racionales innatas, aspira al bien y a la comodidad. Aun mas, su razón no solo despierta su deseo, sino que lo espolea a procurar y aspirar por una cosa aun más asiduamente, cuanto mayor es su porción de lo bueno, lo placentero y lo comfortable. Por tanto, hace ya tiempo que entre los sabios surgió la pregunta sobre cuál sería y dónde podría hallarse el bien más excelente (*summum bonum*) que pudiera por sí solo satisfacer todos los deseos humanos - a saber, que cosa pudiera brindar al hombre satisfacción tal que, habiéndola encontrado, su espíritu debiera y pudiera hallar el descanso, pues nada habría mas allá de ella que pudiera desearse.

Examinando con atención este asunto, vemos que este problema siempre ha atraído y atrae aun ahora la atención no solo de los filósofos, quienes se han afanado por resolverlo, sino que de igual manera todo hombre procura ocuparse de la cuestión acerca de dónde hallar y cómo descubrir la completa felicidad. Observamos no obstante que casi todos los hombres la buscan por fuera de ellos, en el mundo y sus posesiones, imaginando de esta forma traer paz a sus espíritus: unos en riqueza y propiedades, otros en placeres e indulgencias, otros en honores y recompensas, otros en sabiduría y muchas letras, otros entre alegre compañía, y así de incontables formas. En resumen, todos persiguen cosas externas, y buscan en ellas la felicidad.

Pero Salomón, el mas sabio entre los hombres, atestigua que la satisfacción no se halla en las cosas, pues luego de haber recorrido el mundo procurando el descanso para su propio entendimiento, finalmente concluyó: “Aborrecí, por tanto, la vida, porque la obra que se hace debajo del sol me era fastidiosa; por cuanto todo es vanidad y aflicción del espíritu.”

Cuando luego sí halló el verdadero reposo para su alma, declaró que este consistía en renunciar al mundo tal cual es, y en cuidarse tan solo de Dios, temiéndole solo a El, y obedeciendo sus preceptos. Pues en ello reside, dijo, todo el deber del hombre. De igual modo David concluyó que el hombre mas feliz es aquel que, desechando al mundo de sus ojos y de su mente, y aferrándose tan solo a Dios, y teniéndolo solo a El por porción, habita con El en su corazón.

Sea la gracia y misericordia de Dios alabada que abrieron también mis ojos para discernir los incontables artilugios de este mundo vanidoso, así como sus numerosísimos engaños, escondidos bajo las apariencias de olopeles externos. Aprendí a procurar mi seguridad y tranquilidad de espíritu en otra parte. Deseando presentar esto en forma mas viva y patente tanto a mi mismo como a otros, he pergeñado esta peregrinación o deambular por el mundo, narrando las perversidades que allí vi y encontré, y como finalmente descubrí el ansiado solaz, tan vanamente buscado en el mundo. Todo esto he narrado en el presente tratado. Cuan ingeniosamente lo haya logrado es cosa que no me cuida grandmenete. Ruego a Dios que sea de provecho tanto para mí como para mis congéneres.

Lo que habrás de leer, querido lector, no es fábula, aunque tenga la apariencia de tal: describe la vida real, como percibirás en cuanto hayas logrado penetrar su sentido, particularmente aquellos de ustedes que conocen ni aunque sea someramente mi vida y mis circunstancias. Pues en su mayor parte, solo he descrito las vicisitudes de los cortos años de mi vida; por el resto, los incidentes o bien fueron observados en las vidas de otros, o bien se me narraron de ellas. No he, sin embargo, relatado todas mis experiencias, en parte por cierta vergüenza y pudor, y en parte porque no las considero de edificación para todos.

Mis guías, que son los guías de cada hombre avanzando a tientas en este mundo, son ciertamente estos dos: la Curiosidad, que mete la nariz en todas las cosas, y la Costumbre, que tiñe con un barniz de verdad todos los fraudes de este mundo. No obstante, si aplicáramos a ellos nuestra razón, percibiríamos, como lo hice yo, la miserable confusión de nuestra raza; si, por el contrario, llegara a parecerse lo contrario, puedes estar seguro de estar mirándolo con los anteojos del engaño universal, que muestra todas las cosas al revés.

Con respecto a la pintura de la feliz vida de las almas unidas a Dios, ésta es por cierto tan solo un esbozo de su estado ideal, antes que la descripción de la condición presente de todos los electos. Pero el Señor no tiene escasez tampoco de tales espíritus perfeccionados, y toda persona sinceramente piadosa que lea este libro anhelará sin falta el mismo grado de perfección. Sea propicio tu viaje, entonces, amado Cristiano, y que el guía de la Luz, el Espíritu Santo, te revele

mejor de lo que yo haya podido hacerlo,

la vanidad de este mundo,

así como la verdadera gloria, la consolación y la alegría

de los corazones electos y unidos a Dios.

CAPITULO I

LA CAUSA DE LA PEREGRINACIÓN AL MUNDO

Cuando ya me encontraba en aquella edad en la que la razón humana empieza a distinguir la diferencia entre lo bueno y lo malo, y viendo yo entre la gente los diferentes estados, ordenes, profesiones, trabajos e intenciones de las que se ocupaban, me pareció no poca la necesidad de reflexionar bien a que grupo debía unirme y en cuales cosas debía pasar la vida.

INCONSTANCIA. Habiendo pensando mucho y con frecuencia en este problema, y consultando a mi razón con industria, mi mente llego a la conclusión de que habría de adoptar un estilo de vida donde hubiese las menores preocupaciones y prisas, y en contraste, la tranquilidad y la comodidad mayores, lo mismo que la paz de espíritu.

Mas de nuevo aquí, me parecía difícil el llegar a saber con certidumbre cual y cómo seria esta profesión; y no sabia de quien tomar consejo suficiente, ni tenia muchas ganas de consultar a ninguno, pensando que cada cual iba a recomendarme la cosa suya. Y no podía escoger algo precipitadamente, por temor a equivocarme.

Aunque, confieso, empecé a allegarme en secreto a uno y otro, y hasta a algún tercero, pero en seguida volví a dejarlo todo, porque en cada cosa (según me parecía), discernía algo de dificultad, al igual que trivialidades. Mientras tanto, temía que mi inconstancia me llenara de vergüenza, pues no sabia que hacer.

Hasta que sintiéndome bastante afligido y agitado, se me ocurrió que debería ver primero cuantas cosas humanas existían bajo el sol, y que solamente comparando con prudencia una y otra, me decidiría a elegir determinado estado que me arreglara de alguna buena manera mis cosas, para gozar en el mundo de tranquila vida. Tanto más pensaba en ello, cuanto más me atraía ese camino.

CAPITULO II

EL PEREGRINO RECIBE A UBICUO COMO GUÍA

Pues, salí por mi camino y comencé a mirar a mi alrededor pensando por donde y cómo principiar. E *incontinenti*, no se de adonde se me aparece un hombre, de paso ágil, de aspecto hábil y vivo hablar, de manera que me parecía que traía piernas, ojos, lengua y todo en ti vivo. Este, juntándose a mi, me pregunta de donde vengo y a donde voy. Le respondo que he salido de mi casa y que tengo la intención de peregrinar por el mundo y de probar algo.

EL MUNDO DEL LABERINTO. Habiéndomelo aprobado, me dijo “¿Dónde esta tu guía?” Y yo le contesté “No tengo ninguno, confío en Dios y en mis ojos para no errar el camino”. “Nada vas a lograr”, díjome el, “¿es que has oído alguna vez algo sobre el laberinto de Creta, un edificio hecho con tantas habitaciones, apartamentos y corredores, que aquel que en él se echaba a andar sin guía, siempre pasando de allí para allá se perdía y nunca acertaba a salir de él? Pero eso es una broma en comparación con lo que ha sido desordenado el laberinto del mundo, especialmente en la actualidad. No te aconsejo, créeme, soy experimentado, que te metas allí solo.”

“¿Y de donde he de sacar guía tal?” dije. El me responde: “Yo sirvo de guía a los que desean ver y probar algo, y les enseño donde está cada cosa; por esto también he salido a tu encuentro”. Y yo extrañadísimo le digo: “¿Y quien eres tu, mi querido?”. El me contesta: “Mi nombre es Curioso. Mi apellido, Ubiuco; voy por todo el mundo, atisbo todos los rincones, me informo del habla y de las costumbres de cada hombre, noto todo cuanto es visible, husmeo y persigo todo lo secreto - en resumen, nada ha de acontecer sin mi: mi deber es verlo todo. Si vienes conmigo te llevaré a muchos sitios secretos, a donde tu nunca acertarías llegar.”

Al escuchar tales noticias, empecé a sentir alegría en mi interior por haberme encontrado un guía tal, y le rogué, pues, que no escatimara trabajos en guiarme por el mundo. El me respondió: “De la misma manera como con alegría sirvo de guía a otros, así lo haré también contigo” y tomándome de la mano me dijo “¡Vamos!”. Partimos, pues, y yo le dije “Ea, con gusto veré cual sea el curso de este mundo, y también si hay en él algo en lo que uno pueda confiar con seguridad”. Al oír esto, mi compañero se detuvo, y habló: “Amigo, si vas con la intención de no apegarte a las cosas viéndolas, sino de juzgarlas según tu razón, no sé cuan contenta estaría con ello Su Majestad, nuestra Reina.”

VANIDAD, LA REINA DEL MUNDO. “¿Pues quien es la reina vuestra?” digo yo. El me dice: “La que dirige al mundo entero y su curso, de uno al otro confín: se llama Sabiduría, aunque algunos sabelotodos le dicen Vanidad. Con anticipación te digo, pues, que no filosofes para nada, cuando por allá vayamos y miremos; a no ser así ¡podría irte mal, y a mi también!”

CAPITULO III

ENGAÑO SE UNE A LOS VIAJEROS

Pero he aquí que mientras él hablaba conmigo todo eso, por alguna parte aparece alguien que no podía yo saber si de hombre o mujer se trataba (porque iba ataviado en forma muy extraña, y a su alrededor se elevaba como una niebla), y al llegar inadvertidamente a nosotros dice: “Ubicuo, ¿a donde te apresuras con ése?”. “Lo guío por el mundo”, dice él, “tiene deseos de mirarlo.” “¿Y por qué sin mi?” de nuevo dijo aquel. “Bien sabes que tu deber es el de guiar, y que el mío, es el de enseñar todo lo que hay que ver. A Su Majestad no le place que aquel que entra en su reino por su propia voluntad se explique a sí mismo lo que ve y oye, filosofando según lo que le parece; sino que se le diga qué es cada cosa respectiva, y para qué es, y que él se satisfaga con eso.” El Ubicuo contestó: “¿Es que hay alguno tan insolente como para no obedecer, junto con todos los otros, nuestros preceptos? Mas éste, según me está pareciendo, necesitara el freno. Bien, ¡ven!” Entonces el recién llegado se asoció a nosotros, y nos fuimos.

Yo, a su vez, me dije para mí: “Espero que no se me conduzca engañado; estos idean algún freno para mí”. “Pues”, dije dirigiéndome a este compañero nuevo: “Amigo, no me lo tomes a mal, ¿quisiera saber también tu nombre?” El me respondió: “Yo soy el intérprete de la Reina del mundo, la Sabiduría, de quien tengo ordenado que enseñe cómo ha de entenderse cada cosa que hay. Por lo tanto, yo les pongo en la mente a cuantos tu puedas ver, a viejos y a jóvenes, a humildes y nobles, a necios y doctos, todo lo que pertenece a la verdadera sabiduría del mundo, conduciéndolos a la alegría y la bondad. Porque sin mí incluso los reyes, príncipes, señores y toda la gente más encumbrada de la tierra caería en una extraña melancolía, y pasaría su tiempo en este mundo desdichadamente.”

A eso yo repliqué exclamando: “¡Cuan afortunado soy que Dios me ha dado a ti como guía querido amigo, si lo que dices es verdad! Porque por esa razón me meto yo en el mundo, para elegir lo que haya en él más seguro para mí y más deleitable, y para adherirme a eso. Teniéndote a ti como tal consejero, con más facilidad podré elegir”. “De eso no dudes”, dijo él. “Porque, aunque en nuestro reino lo verás todo excelente y noblemente dispuesto y tan alegre, y que todos los que se avienen a obedecer a nuestra reina pueden darse buena vida: no obstante eso, es verdad que algunos tienen una profesión y comercio más cómodo y holgado que otros. Podrás elegir de entre ellos el que gustes. Ya te explicaré como es todo.” Pues, le digo: “¿Como te llaman a ti?” El contesta: “Mi nombre es Engaño.”

CAPITULO IV

EL PEREGRINO RECIBE EL FRENO Y LOS ANTEOJOS

Oyéndolo me horroricé, pensando en qué compañeros me habían tocado de viaje. Uno de ellos (como razonaba en mi mente) había hablado de un freno. El otro se llamaba Engaño, habiendo llamado a su Reina Vanidad (aunque, presiento, por un descuido al hablar). ¿Qué después?

Y cuando yo así, callado y con la vista gacha andando y las piernas me seguían como sin querer, Ubicuo me dice: “¿Qué, inconstante, presiento que te dan ganas de volver atrás?” Y antes de que yo respondiera alguna cosa, me echó al cuello una especie de freno, cuyo bocado de pronto me deslizó en la boca, y me dijo: “Bien, ya irás dócilmente a donde has comenzado a ir”.

Entonces me miro el freno, y he aquí que estaba cosido de las cintas de cuero de la Curiosidad; y sus bocados eran del hierro de la Terquedad en los Propósitos; llegué a comprender que para mirar al mundo, no iría voluntariamente como antes, sino arrastrado forzosamente por la inconstancia e insaciabilidad de mi mente.

En este momento me dijo el guía desde el otro lado: “Yo te regalaré estos anteojos con los cuales mirarás al mundo.” Entonces me metió los anteojos en la nariz, mirando por los cuales en seguida veo ya todo ante mí de distinta manera. Seguramente tenían el poder (como lo comprobé muchas veces después) de transformar, para el que veía a través de ellos, la cosa lejana en cercana, y la cercana en lejana, la pequeña en grande y la grande en pequeña, la fea en hermosa y la hermosa en fea, la negra en blanca y la blanca en negra, etc. Comprendí pues, que no con sinrazón se hacía llamar Engaño, ya que sabe hacer y poner a la gente tales anteojos.

Pues eran aquellos anteojos, como llegué después a entender, tallados del cristal de la Suposición, y los marcos en los que estaban engastados, del cuerno que llaman Costumbre.

Me los puse pues, para mi buena suerte, algo torcidos, de manera que no me tapaban toda la vista, y ya levantando la cabeza y bajando los ojos podía mirar las cosas con pura naturalidad. De ello me alegraba y pensaba para mis adentros: “Aunque me cerraste la boca y me tapaste la vista, creo, no obstante, por Dios, que no me atarás la razón y la mente. Iré pues, y miraré aquel mundo, el cual la señora Vanidad quiere que se le mire pero no con los propios ojos.”

CAPITULO V

EL PEREGRINO CONTEMPLA AL MUNDO DESDE ARRIBA

MAS ALLÁ DEL MUNDO NO HAY NADA. Mientras me hallaba meditando de esta manera, súbitamente nos encontramos (no sé de que modo) sobre una encumbradísima torre, de manera que parecíamos tocar casi las nubes. Mirando hacia abajo desde esta torre, vi una hermosa ciudad en apariencia, brillante, y prodigiosamente extendida hacia los cuatro vientos, pero no tan grande que no pudiera discernir sus límites y bordes alrededor. La ciudad formaba un círculo, y se hallaba rodeada de muros y rampartas, pero en vez de foso se abría en derredor un negro abismo, a simple vista sin fondo ni fin. Sólo sobre la ciudad brillaba la luz, mientras que tras los muros todo era oscuro como el carbón.

LA SITUACIÓN DEL MUNDO. La ciudad misma, como percibía, se dividía en innumerables calles, plazas, casas y edificios tanto grandes como pequeños. Hervía de multitudes cual insectos. Hacia el oriente noté una puerta, desde la cual una vía corría hasta la otra puerta, sobre el poniente. La segunda puerta se abría sobre las calles de la ciudad. Conté seis calles principales que corrían de este a oeste, paralelas las unas con las otras. En medio de las calles había un gran anillo o plaza del mercado. En el extremo oeste, sobre una escarpada y prominente roca, se erguía un castillo soberbio y magnífico hacia el cual los habitantes de la ciudad dirigían de tanto en tanto sus miradas.

LA PUERTA DE ENTRADA Y LA PUERTA DE SEPARACIÓN. Ubicuo me dijo: “Contempla, peregrino ¡he allí el buen mundo que tanto ansiabas ver! Te traje primero a esta elevación para que puedas inspeccionarlo todo y de ese modo llegar a comprender su disposición. La puerta del oriente es la Puerta de la Vida, a través de la cual todos los que habitan en la tierra deben pasar. Aquella otra puerta que se halla más cerca de nosotros es la puerta de la División, donde todos reciben su porción en la vida y se encaminan hacia una u otra profesión.”

SEIS CLASES DEL MUNDO. “Las calles que ves son las varias clases, órdenes, y profesiones en los que los hombres se asientan. Observa las seis calles principales: en la más cercana al sur habitan los ‘domésticos’: padres, hijos, y la servidumbre; en la próxima viven los ‘artesanos’ y los ‘comerciantes’; en la tercera, más cercana a la plaza del mercado, se encuentran los ‘doctos’, que cumplen las tareas intelectuales; del otro lado, oponiéndoseles, está la orden de los ‘clérigos’, hacia la cual se dirige el resto para sus ministraciones religiosas; tras ella están las clases ‘gobernantes’ y ‘magisteriles’; y en el extremo norte se halla la orden de los ‘caballeros’, empleados en asuntos militares. ¡Cuan excelente es el conjunto! Los primeros engendran a todos; los segundos los sustentan; los terceros los ilustran; los cuartos oran por todos; los quintos juzgan y preservan el buen orden entre todos; y los sextos combaten por todos. De ese modo todos se sirven mutuamente, y viven armoniosamente en compañía del resto”.

EL CASTILLO DE LA FORTUNA. “El castillo hacia el oriente es *Arx Fortunata*: ‘el Castillo de la Fortuna’, donde solo los mas distinguidos viven en el goce de la riqueza, la holganza y la gloria”.

LA PLAZA COMÚN Y EL CASTILLO DEL MUNDO. “La plaza central es común a todos. Allí los hombres de todas las clases se reúnen para efectuar sus transacciones y negocios. En el centro de ella, cual eje de todo el resto, se halla la mansión de la Sabiduría, la reina del mundo.”

EL PRINCIPIO DE LA CONFUSIÓN. Todo este arreglo excelente me placía muchísimo, y comencé a alabar a Dios por haber dispuesto a todas las clases en un orden tan comedido. Pero una cosa me disgustaba, a saber que las calles se intersectaban mutuamente en muchos puntos, de manera que aquí y allá los hombres se entrechocaban entre sí. Me parecía que de esto podría resultar mucha confusión y pérdida. Aun más, a medida que observaba la forma esférica del mundo, pude sentirlo palpablemente moverse y girar con tal rapidez que temí ser vencido de un mareo. Pues adondequiera posaba mi vista, todo, hasta la más insignificante mota, semejaba danzar ante mi vista. Aun más, cuando cesé de escuchar, el aire se llenó del sonido de golpes, porrazos, roces, murmullos y gritos.

ESTABA ENGAÑO TAMBIÉN. Mi intérprete, el Sr. Engaño, me señaló: “Ves, querido amigo, cuan deleitable es éste mundo, y cuan espléndidas son todas sus cosas, aun cuando las contemples sólo desde lejos. ¿Que dirás cuando puedas examinarlas en detalle y con todas sus delicias? ¿Quién no sería feliz viviendo en semejante mundo?” “Me complace mucho más a la distancia” repliqué yo: “cómo habrá de ser mas adelante, no sabría decir”. “Todo irá de maravillas”, me contestó él: “pero ahora pongámonos en camino”.

LOS CAMINOS DE LA NIÑEZ. “Espera” interpuso el Sr. Ubicuo, “déjame mostrarle desde aquí lo que de otro modo no tendríamos intención de visitar. Vuélvete hacia el este: ¿puedes distinguir algo emergiendo a gatas de la oscuridad de la puerta y avanzando a rastras hacia nosotros?” “Si, lo veo”, repliqué. “Esos son seres humanos” continuó, “recién entrados al mundo. Ellos mismo no saben de dónde (pues aun no tienen conciencia) ni se saben tampoco ser humanos. Por ello, la oscuridad los envuelve, y sólo esperan y lloran. Pero a medida que avanzan calle arriba, la oscuridad poco a poco se va desvaneciendo y la luz aumenta, hasta alcanzar la puerta bajo nosotros. Partamos ahora y observemos lo que sucede allí.”

CAPITULO VI

LA FATALIDAD DISTRIBUYE LAS VOCACIONES

LA FATALIDAD, CENTINELA DEL MUNDO. Descendimos por una escala oscura y circular, y entramos por la puerta en la cual una gran sala estaba llena de gente joven. A la derecha se sentaba un viejo de apariencia severísima sosteniendo en sus manos extendidas un gran caldero de cobre. Vi que todos los que llegaban desde la “Puerta de la Vida” se presentaban ante él y que cada uno, poniendo su mano en el caldero, retiraba un pedacito de papel inscripto con una palabra. Luego, se dirigía hacia una de las calles, ya corriendo y dando grandes saltos y voces de alegría, ya caminando apesadumbrado y triste, con quejas, gesticulaciones y miradas hacia atrás.

DISTRIBUCIÓN DE LAS OCUPACIONES. Yo me acerqué y observé algunos de los papelitos. Uno decía “¡Gobierna!”, otro, “¡Sirve!”, u “¡Ordena!”, u “¡Obedece!”, o “¡Escribe!”, o “¡Estudia!”, o “¡Remienda!”, o “¡Juzga!”, o bien “¡Guerrea!”, y así por el estilo. Yo me maravillé ante la escena. El Sr. Curioso la explicó diciendo: “Aquí se distribuyen las vocaciones u ocupaciones de acuerdo con las cuales cada uno recibe su tarea para la vida. Éste que distribuye esos destinos se llama ‘Fatalidad’ y todos los que entran al mundo deben recibir sus instrucciones”.

EL PEREGRINO DESEA PRIMERO EXAMINARLO TODO. En ese momento el Sr. Engaño me comenzó a empujar, indicándome que yo también tendría que tomar mi lote. Pero le rogué que no se me asignara ninguna ocupación en particular (hasta no haberla examinado) de manera de no encomendar mi futuro, sin ton ni son, al destino ciego. Se me informó, no obstante, que sin el conocimiento y consentimiento del regente, Fatalidad, una excepción así no podría permitirse. Acercándome hasta pararme delante de él, por lo tanto, humildemente le presenté mi petición: que había venido con la intención de examinar todas las cosas primero antes de elegir aquella que más me complaciera .

Y OBTUVO PERMISO PARA ELLO. “Hijo”, me respondió, “tú ves como los otros no obran así, sino que se atienen a lo que han recibido o lo que les toca en suerte. Pero puesto que tu lo deseas tanto, yo me avengo a ello.” Habiendo luego inscripto en un pedacito de papel la palabra *¡Speculare!* (i.e. “¡Examina!”), me la alcanzó, despidiéndome de esa forma.

CAPITULO IX

EL PEREGRINO EXAMINA A LOS TRABAJADORES

LO QUE ALLÍ VIO EN GENERAL. Procediendo, entramos en la calle habitada por los artesanos, que se partía en muchas callejuelas y plazas mas pequeñas, y por todas partes en torno nuestro observamos varias talleres, fraguas, banquetas, puestos y tiendas llenas de curiosos implementos. Los hombres gastaban estas herramientas en forma curiosa, con mucho matraqueo, porrazos, chiflidos, voladuras, retintín, chirridos, martillazos, choques, resoplidos y estruendo. Vi algunos horadando en la tierra, ya arando y abriendo su superficie o bien excavando bajo ella cual topos. Otros vadeaban hasta la cintura en el agua en ríos o el mar; aun otros alimentaban fuegos, oteaban el aire, se batían con bestias salvajes, recubrían la madera o la piedra, o jalaban o arrastraban diversos bultos de lugar en lugar. Mi interprete me dijo: “¡Fíjate en estas vigorizantes y joviales ocupaciones! ¿Cual de todas ellas te gusta mas?” “Hay sin duda algo de vigor aquí”, respondí yo. “No obstante, también observo mucho tedio y quejas que las acompañan”. “No toda labor es tan ardua” me respondieron, “acerquémonos y examinemos algunos de estos oficios”. Así que me condujeron por ellos uno tras otro, y yo los escudriñé todos y extendí mi mano a uno y otro para probarlos; pero describirlos a todos no puedo ni quiero. No me guardaré, sin embargo, lo que saque de conclusión en general.

PELIGROSA PRISA EN CADA ASUNTO. En primer lugar, observé que todas estas ocupaciones humanas no eran sino tedio y fatiga, y cada uno de ellas tenía algunas desventajas y peligros que le eran propias. Vi que los que trabajaban con fuego quedaban chamuscados y ennegrecidos como moros: el traqueteo de los martillos resonaba por siempre en sus oídos y los había dejado medio sordos; el reflejo del fuego había cegado sus ojos; y su piel estaba perpetuamente escaldada. Los que trabajaban subterráneamente tenían oscuridad y terrores por compañía, y, como no infrecuentemente sucedía, corrían riesgo de quedar sepultados vivos. Los que trabajaban en el agua estaban perpetuamente empapados como techado de paja, tiritaban de frío como una hoja de álamo, sufrían de esclerosis en las vísceras, y no pocos de ellos sucumbían presa del abismo. Los que trabajaban la madera, la piedra, y otras sustancias pesadas, estaban llenos de callos, resuellos y cansancio. Efectivamente, vi allí algunos ocupados en tan asinina y monótona labor que forcejeaban y se afanaban hasta transpirar, quedar exhaustos, colapsar, lastimarse, y finalmente quebrantar su salud por completo; pero a pesar de todo su miserable afán, apenas podían reunir bastante para ganarse el pan para si mismos. Ciertamente, vi a otros cuyos oficios eran mas fáciles y mas remunerativos; pero cuanto menos tedio, mas vicio y fraude había.

PRISA SIN FIN. En segundo lugar, observé que los hombres laboraban solo para llenar sus bocas; pues todo lo que ganaban, se lo metían por el gznate o el de sus familias, salvo en los raros casos cuando escatimaban su boca para guardarlo en sus bolsas. Pero, como percibí, sus bolsas, ora se rompían, de modo que lo que habían guardado en ellas se caía y otros lo recogían; u otro venia y se las arrebatava; o él mismo, habiendo tropezado, dejaba caer la bolsa, o la rompía, o de otra forma la perdía. Así vi claramente que estas faenas humanas se asemejaban al agua que es vertida de un vaso en otro; dinero ganado que se gastaba otra vez, con la sola diferencia que era mas fácil gastar

que ganar, no importa si para ir a dar al gacinate o a los cofres del dinero. Consecuentemente, vi por todas partes más pobres que ricos.

FATIGOSA PRISA. Terceramente, vi que cada ocupación requería el todo del hombre. Si alguno tan siquiera miraba atrás o actuaba un tanto lerdo, pronto lo dejaban atrás y se caía todo lo que cargaba en sus manos. Luego, antes de que pudiera darse cuenta, encallaba en las rocas.

DIFÍCIL PRISA. En cuarto lugar, observé muchos obstáculos en el camino. Antes de que alguno pudiera instalarse en su negocio, se le iba la mitad de la vida; y luego de que comenzaba, si no vigilaba estrechamente sus asuntos, todo se le iba en contra; más aún, pude notar que los más diligentes de entre ellos tenían tantas pérdidas como ganancias.

LA PRISA PROVOCA ENVIDIA. En quinto lugar, en todas partes vi (especialmente entre los que comerciaban en el mismo negocio) mucha envidia y mala disposición. Si a uno se le apilaba el trabajo, o disfrutaba mejores prospectos comerciales que otro, sus vecinos lo miraban con torvos ojos y rechinaban los dientes, y, en cuanto podían, le arruinaban la tarea: de allí refriegas, enemistades y maledicencias; algunos de puro desespero arrojaban lejos de sí sus herramientas y recaían en la inactividad y voluntaria pobreza.

PRISA PECAMINOSA. En sexto lugar, noté en todas partes mucha falsedad y fraude. Todo lo se hacía, especialmente para un cliente, se hacía pobremente y sin atención; sin embargo, cada uno alababa y ensalzaba su propia obra hasta los cielos.

PRISA VANA Y SUPERFLUA. En séptimo lugar, encontré allí mucha superficialidad; y llegué a convencerme firmemente que la mayor parte de las ocupaciones era simple y llana necesidad y futilidad. Pues el cuerpo humano apenas requiere frugal y saludable comida y bebida, simples y poco ostentosas prendas para vestir; y guarecerse con modesto y sencillo techo; poco cuidado y fácil y disponible labor son necesarias, como era costumbre en tiempos antiguos. Pero descubrí que el mundo no entendía ni tampoco deseaba comprender tan simple verdad, pues ahora es costumbre llenar y abarrotar el estómago con tantas y tan raras delicadeces que gran parte de la humanidad ha de emplearse en su recolección por tierra y por mar, y en ese tedio los hombres malgastan sus fuerzas y arriesgan sus vidas; aún más, para la preparación de estos manjares maestros especialmente entrenados han de emplearse. Similarmente, una no pequeña parte de la humanidad se ocupa de edificar moradas y en procurarse telas para vestir y en entallaras de varios estilos aparatosos; todo esto es fútil, superfluo y aún pecaminoso. Del mismo modo, vi a artesanos la suma de cuyo arte y ocupación consistía enteramente en la fabricación de infantiles juguetes u otras bagatelas, destinados meramente a la diversión y la pérdida de tiempo. Otros aún había cuya tarea era manufacturar y multiplicar instrumentos de crueldad, tales como espadas, dagas, mazas, mosquetes y demás, todos para la matanza de hombres. Cómo pueden los hombres a conciencia y con alegre mente practicar estos oficios no lo sé. Pero sé que si lo inútil, lo superfluo y lo pecaminoso se excluyera y eliminara de todas estas ocupaciones, la gran mayoría de los negocios de este mundo cesarían. Por esto, así como por las cuestiones mencionadas arriba, mi mente no podía hallar placer en ninguna de ellas.

LA PRISA ES PARA LAS BESTIAS, NO LOS HOMBRES. Mi conclusión se fortaleció cuando vi que todas estas labores eran del cuerpo y para el cuerpo, cuando el

hombre, poseyendo algo más grande que el cuerpo - a saber, un alma - debería más bien invertir en ella su cuidado principal y procurar su bienestar por sobre todas las cosas.

Deseo particularmente relatar cómo me fue entre los carreteros en la tierra y los marinos en el mar. Pues mientras me hallaba examinando estos talleres y me veía descontento, el Sr. Ubicuo le dijo al Sr. Engaño: “Observo que este tipo tiene una disposición movediza, es una gota de mercurio, constantemente deseando estar en acción; pues nada estable le contenta, no soportando el estar atado a un solo lugar. Mostrémosle una vida más libre; aquella del comercio en la que puede viajar a placer de lugar en lugar y revolotear por todas partes como un ave”. “No me opongo ni a eso” dije yo. Y así partimos.

PRISAS DE UN CARRETERO. Percibí entonces un gentío correteando de aquí para allá, rebuscando todo tipo de cosas, tales como aserrín, tierra y bosta, y alzándolas y apilándolas en cargamentos. Pregunté qué cosa hacían. Me respondieron: “Se están alistando para viajar por todo el mundo.” “¿Pero por qué no sin la pesada carga?” pregunté yo; “viajarían tanto más holgados”. “Que simple eres” me replicaron. “Cómo podrían viajar entonces? ¡Aquellas son sus alas!” “¿Alas?” dije yo. “Por supuesto, ¡sus alas! Proveen resolución e incentivo, y sirven de pasaporte y salvoconducto en todas partes. ¿Crees acaso que todos tienen capacidad de vagar por el mundo en libertad? Estos deben procurarse su pan, sus favores y todo los demás de su ocupación” Así que miré, y he aquí apilaban la carga tan alta como podían, luego la volcaban deslizándose o rodando sobre una especie de carretilla sobre ruedas y, atándolas a la carreta, enganchaban algunas bestias y arrastraban todo el aparato laboriosamente y con gran esfuerzo sobre montes, collados, barrancas y hondonadas, regocijándose en lo que ellos consideraban su excelente y jovial vida. Al principio también a mí me pareció así. Mas cuando observé como ocasionalmente se empantanaban en el barro y vadeaban hasta la cintura en él, empujando y arrastrando su carga, y percibí cuanto sufrían expuestos a la lluvia, la nieve, el rocío, la helada, las tormentas y el calor; y cómo los emboscaban en los desfiladeros y les robaban sus bienes y sus bolsas (pues en tales ocasiones ni los ruegos, ni los juramentos, ni las amenazas surtían efecto alguno); finalmente cuando vi cómo eran atacados en los caminos por los salteadores y cómo su vida corría tan graves riesgos, me disgusté profundamente con su ocupación.

INCOMODIDADES DE UN MARINO. Luego mis guías me dijeron que había una manera más desahogada de viajar por el mundo, a saber la navegación; sobre el agua, un hombre no era así sacudido, ni salpicado por el barro, ni se quedaba atascado en el camino; por el contrario, era transportado de un extremo del mundo al otro, en todas partes encontrando cosas nuevas, algo que no había visto ni oído antes. Y me llevaron hasta el confín del mundo donde nada sino aire y agua se extendía ante nuestra vista.

CAPITULO XIX

EL PEREGRINO VE LOS ESTADOS DE LOS SEÑORES

DIVERSOS RANGOS DE LOS NOTABLES. Llegamos, pues, a otra calle, donde por todos lados veía yo muchísimas sillas, más altas y mas bajas, y a los que estaban en ellas sentados les llamaban: Señor Alcalde, Señor Corregidor, Señor Magistrado, Excelentísimo Regente, Honorable Burgomaestre, Señor Canciller, Señor Lugarteniente, Señores Jueces, Su Majestad el Rey, Serenísimo Príncipe, Conde, etc. Entonces me dijo el intérprete: “Bien, he aquí a aquellas personas que mantienen el orden en el mundo haciendo procesos y declarando sentencias en los países, castigando a los malos y defendiendo a los buenos”. “Esta es, claro está, cosa buena y, como pienso, inevitable en la prole humana”, dije: “¿Y de donde llegan tales hombres?”. Me contestó: “Algunos nacen para ello; otros suelen seleccionarse por aquellos o por sus pueblos debido a que son los más reconocidos por su sapiencia y por ser más experimentados, y porque son más conocedores de la justicia y los derechos”. “También esto es hermoso” dije yo.

Entonces se me ocurrió mirar, y vi que algunos compraban su sitio en la silla, otros lo conseguían con mucha importunación y ruego, otros adulando, y otros imponiéndose ellos mismos. Viéndolo, grite: “¡Vicio!”. “Cállate, tonto indiscreto” me dijo el intérprete “sufrirás alguna mala pasada si te oyen”. “¿Y porqué no esperan”, dije yo, “hasta que se les elija?” Contestóme: “¡Vaya! ¿y que hay de malo en ello? Sin duda ellos, conociéndose a si mismos, tienen plena confianza en su capacidad para la tarea; y si otros los aceptan, ¿que a ti?”

Guardé silencio pues, y acomodándome los anteojos, los observé con detenimiento y vi una cosa inesperada; y es que raro era aquel entre ellos que tuviera todos sus miembros corporales, a cada uno le faltaba alguno indispensable. Pues algunos no tenían orejas con las que escuchar las quejas de sus súbditos, otros, ojos con los que ver la corrupción que los rodeaba, otros, narices con las que husmear las intrigas de los avezados contra los derechos ajenos, otros, lengua con la que defender a los que no tenían voz, otros, manos con las que llevar a buen término los dictámenes de la justicia, y muchos ni tenían corazón para poner en práctica lo que la justicia ordena.

Vi por el contrario que aquellos que lo tenían todo eran hombres muy afligidos porque se les requería sin cesar, no podían ni comer ni dormir en paz. Mientras que los demás, pasaban mas de la mitad de su tiempo en vida muy holgada . “Pues”, dije, “¿por qué es que los juicios y los derechos se les confían a esos que no tiene los miembros necesarios para ello? El interprete contestó que no era así, que tan solo me parecía de ese modo. “Porque, como se dice, ‘Qui nescit simulare, nescit regnare’, quien no sabe disimular, tampoco sabe reinar; quien administra a otros, muchas veces tiene que hacer como que no ve, no oye, no comprende, aunque vea, oiga y comprenda. Lo que tú, que no eres experimentado en cosas políticas, no entiendes”. “Pero sí veo, a fe mía, dije, que en ellos no hay lo que debiera haber”. “Y yo te aconsejo que te calles la boca; te prometo que, si no dejas de sutilizar impertinentemente, te veras allí donde no te gustaría. ¿Es que no sabes que la calumnia contra el tribunal es crimen capital?” Entonces cerré la boca, y callado lo observaba todo.

Mas no me parece necesario narrar todo lo que vi en cada silla; solamente tocaré dos incidentes.

FRECUENTE TRANSGRESIÓN E INJUSTICIA ENTRE LOS JUECES. Me detuve con más industria ante el tribunal colegiado, donde vi los nombres siguientes de los señores jueces: Ateo, Ama-disputas, Juzga-de-oídas, Parcial, Aficionado-a-personas, Amante-del-oro, Acepta-regalos, Inexperto, Ignorante, Descuidado, Apresurado, Negligente; y el presidente o bien primado de todos, era el Señor “Icommandit”, es decir “Así-lo-ordenó”. De esos nombres en seguida colegí que tipos de procesos se solían ver aquí; y pronto un caso se presentó en mi presencia que confirmó mis sospechas. La Sinceridad fue acusada por el Adversario de haber calumniado a ciertas personas, injuriando a los usureros llamándolos avaros, a los ebrios borrachos, y diciendo qué se yo que cosas más. Los testigos comparecientes eran Chisme, Mentira y Sospecha; abogados de oficio eran, de la parte ofendida, Adulador, y en la defensa, Locuaz o Charlatán, de cuyos servicios sin embargo Sinceridad consideró poder prescindir. Habiéndosele preguntado si se confesaba culpable de los cargos contra ella presentados, dijo: “Confieso, señores jueces”, y añadió: “Aquí estoy. No puedo retractarme. ¡Así me ayude Dios!” Entonces, agrupándose, los jueces reunían las opiniones. Ateo dijo: “Es así en verdad, como dice la mujerona, pero ¿qué le va a ella que así sea? Si la soltamos tal vez trate de hablar así de nosotros. Que se la castigue”. Ama-disputas dijo: “Claro que sí. Porque si una escapa al castigo, las otras querrán también se les perdone”. Juzga-de-oídas dijo: “Yo, a decir verdad, no se muy bien de qué se trata, pero como Adversario dirige el pleito de manera tan elevada, comprendo que debe sentirse muy ofendido; que se le castigue”. Parcial dijo: “Yo ya sabía desde antes que esta chismosa iba a comadrear todo lo que sabe; hay que tapparle la boca”. Aficionado-a-personas dice: “El calumniado es buen amigo mío. La acusada debió, al menos por causa mía, haberlo respetado: que se le castigue”. Amante-del-oro dijo: “Ya saben Uds. cuan pródigo es Adversario, es digno de buena defensa”. Acepta-regalos dijo: “Así es; ingratos seríamos si su pleito no ganara dominio”. Inexperto dice: “Yo no conozco antecedentes similares: que sufra lo que merece”. Ignorante: “Yo no lo entiendo, doy mi consenso a lo que Uds. juzguen”. Negligente: “Sea lo que sea, yo accedo”. Descuidado: “¿No nos conviene posponer la sentencia? El caso tal vez se resuelva solo”. A lo que Apresurado replicó: “¡Qué va! Que se pronuncie sentencia ya, mientras tenemos ganas”. El Señor presidente del Tribunal dijo entonces: “Claro, ¿que nos han de importar las gentes? Lo que el derecho requiere, respetar se debe”. Y poniéndose de pie, pronunció la sentencia: “Como esta chismosa y parlanchina se mete en cosas indecentes refregándose contra las personas decentes, para así doblegar su desdeñosa lengua, y como ejemplo para todos, esta sentencia proclama que se le den cuarenta bofetadas menos una”.

Entonces el Adversario con el abogado defensor y los testigos haciendo una reverencia dieron gracias a los Jueces por tan justa solución; y lo mismo se le recomendó a la Sinceridad. Pero ella se dio a llorar y a retorcer sus manos. Por aquella razón, por no haber dado las gracias por la sentencia, como es costumbre, allí mismo se le redobló la pena; y tomándola, la condujeron al lugar donde se ejecutaría el castigo. Viendo yo la injusticia perpetrada contra ella, y no pudiendo contenerme, grite: “¡Ah Dios omnipotente, si todos los jueces de la tierra son así, ayúdame a no llegara ser jamás uno de ellos, ni a tener litigios con nadie”. “Cállate tu, lunático” me dijo el interprete, tapándome la boca con el puño; “te juro que con tu hablar lograrás el mismo castigo, sino peor.” Y he aquí que el Adversario y el Adulador principiaban a hacer comparecer testigos contra mi: yo, echando de verlo y asustado, no se como salí corriendo de allí, casi sin aliento.

PERVERSIDAD DE LOS ABOGADOS. Cuando me detuve fuera de los Tribunales para respirar y restregarme los ojos, veo muchos que llegaban a el con sus pleitos, a los que enseguida los abogados (Charlatán, Adulador, Tuerce-el-derecho, Alarga-los-pleitos) les corrían al encuentro ofreciéndoles su servicios, y no miraban primero que pleito traía cada cual, sino cuál era su bolsillo. Cada uno llevaba consigo diligentemente su libro de Leyes (cosa que no vi entre los teólogos) al cual consultaban. Pude echar un vistazo a algunos de los ejemplares, de los que vi los títulos: “Reales Destituciones de los Fueros”, y en otro, “Reales Restituciones de los Desafueros”. Pero ya no me daban ganas de continuar mirando más, así que me marche de allí, suspirando profundamente.

EL PODER ILIMITADO DE LOS PRÍNCIPES Y LAS ESTRATAGEMAS DE SUS FUNCIONARIOS. Curioso me dijo: “Lo mejor nos queda aun por ver. Ven, observarás la administración de los reyes, príncipes y otros que dominan a sus súbditos hereditariamente; acaso halles gusto en ello.” Entramos, pues, en otra estancia y había allí hombres sentados en sillas tan altas y amplias, que muy pocos podían acercárseles o alcanzarlos, a no ser con la ayuda de ciertos mecanismos.

Cada uno de estos hombres tenia largos tubos colocados a ambos lados de sus oídos, por los cuales aquellos que deseaban dirigirle la palabra debían susurrarles. Pero estos tubos estaban torcidos y llenos de agujeros, de manera que muchas palabras se perdían antes de llegar a los oídos del monarca, y las que llegaban estaban en su mayor parte distorsionadas. Por es razón noté que los peticionantes no siempre recibían respuesta; pues aun cuando algunos de ellos clamaban insistentemente, no podían alcanzar los oídos del gobernante. A veces uno recibía una contestación, pero era irrelevante al asunto respectivo. De igual modo tenían tubos en lugar de ojos y lengua, a través de los cuales las cosas se veían distintas de como eran, y las respuestas diferían de igual manera de las que habían proferido los mismos señores. Habiéndolo comprendido, dije: “¿Por qué no se retiran esos tubos, y al igual que el resto de los mortales, no miran, escuchan y contestan simplemente con sus propios ojos, orejas y lengua?” “Por razón de su exaltadísimo rango y la dignidad de sus personas ¿O piensas que son aldeanos, para así permitir que cualquiera se refriegue contra sus augustos ojos, oídos y lengua?”

CUANTA INCONVENIENCIA EN EL TENER CONSEJEROS. Veo entonces algunos vagar alrededor del trono, los que, sin pasar por los tubos, soplaban algo a los oídos del señor, otros le ponían sobre su nariz unos anteojos de uno u otro color, otros quemaban incienso bajo su nariz, otros aderezaban y cambiaban la postura de sus manos, otros le unían y estiraban las piernas, algunos reparaban y afianzaban la silla donde estaba sentado, etc. Viendo esto pregunto: “¿Quiénes son esos, y qué hacen?” Me contestó el interprete: “Esos son los consejeros de Estado que informan a los reyes y altos señores”. “De estar en su lugar” dije yo, “no los toleraría; sino que desearía ser libre con mis propios miembros y mis propias acciones”. “No debe hombre solo de ese rango”, me dijo él, “bastarse a sí mismo tan enteramente, ni se le está permitido”. “Entonces son más pobres que los pordioseros estos altos señores” vuelvo a decir yo, “pues están atados en forma tal que no pueden moverse a no ser por el consentimiento de otros”. “Pero están así”, me dijo el, “mas seguros en si mismos. ¡Mira a estos!”

Vuelvo la cabeza y he aquí que algunos en aquellas sillas no se dejaban atormentar, retirando a los informadores lejos de ellos; lo que era del todo mi gusto. No obstante, en seguida eché de ver allí otra incomodidad. En vez de aquellos pocos que eran ahuyentados, llegaban muchos otros que trataban de soplarle, al señor, en las orejas, en la nariz, en la boca, y de teparle y desteparle los ojos de diferentes maneras, intentado

distintamente moverle las manos y las piernas para aquí y para allá; cada uno que llegaba quería introducir y forzar al señor a tal o cual cosa en la que él mismo se había fijado; hasta que el desgraciado señor no sabía que hacer, ni a quién atender, ni tampoco contra quién defenderse, ni cómo resistirles a todos. Dije pues: “Ya veo que es mejor confiarse a algunos selectos que ser así objeto de riña de todos. ¿Y es que nunca se puede arreglar de alguna otra manera?” “¿Y como se arreglarían? La ocupación trae consigo el recibir quejas, acusaciones, ruegos, llamamientos, reclamos y argumentos de todos, lo mismo que hacerles justicia a todos. Vivirían más cómodamente si fueran como esos”.

Y me muestran algunos que a nadie le permitían acercárseles sino fuera los que inventaban y preparaban comodidades para ellos. Estos eran hombres que eran industriosos para servirles, los acariciaban, metían almohadillas debajo de ellos, ponían espejos en frente de sus ojos, les hacían viento acariciándolos, recogían plumas y basurillas, besaban faldas y zapatos todo eso por delante; algunos hasta lamían la saliva o los mocos echados del señor alabándolos como dulces. Pero eso tampoco me gustaba para nada; especialmente porque veía que a casi todos los de este tipo, se les vencía inesperadamente la silla, y, sin notarlo, se rompía y caía con ellos, cuando ya no había más fieles sostenedores.

Ocurrió en mi presencia que a uno se le venció la silla y que se deslizó y cayó al suelo. Y he aquí que se hizo gran concurrencia de gente, y volviendo atrás la cabeza veo yo que conducen a otro y lo meten en la silla proclamando con alegría que de aquí en adelante todo será diferente de lo que era antes; e industriosos para servirle quienes pueden, lo afianzan y fortalecen en el trono. Y pensando yo que conviene ayudar a bien (ya así lo decían), también acercándome meto una o dos cuñas; lo que algunos alababan en mí mirándolo otros con mal ojo. En aquel momento, el destronado, junto a los suyos, se pone de pie y, metiéndose entre nosotros da de golpes al tropel con una tranca, hasta que todos se dispersan huyendo, y algunos pierden la cabeza. Estando yo amedrentado hasta el horror, no puedo ni recobrar el ánimo, hasta que Ubiuco oyendo que preguntan quién más ayudó a entronar al nuevo y afianzarlo, me sacude para que huya también. Engaño me dice por el contrario que no es necesario; y reflexionando yo a quién obedecer, toco una tranca que alguien esgrimía cerca de mí, y, solo entonces despertándome, corro a un rincón a ocultarme. Y así llegué a comprender que, tanto estar sentado en aquellas sillas, como estar alrededor de ellas, así como tocarlas, era peligroso de un modo u otro. Por ello con cuanto más gusto me alejé de allí, sin ocurrírseme que alguna vez en la vida pudiera volver a pisar ese lugar. E igualmente dije a mis guías: “Que toque otro que quiera esas montañas, no son para mí.”

Y especialmente porque averigüé después que, aunque todos quieren ser llamados administradores del mundo y defensores del orden, estaban, sin embargo, todos los sitios llenos de desorden. Porque, cuando el señor admitía cerca de él a los súbditos, por si mismo o bien a través de los tubos, o cuando pronunciaba sentencia, ya fuera por sí o soplado por otros, vi tantas injusticias como justicias, escuché tantos suspiros y lamentos como alegrías, y vi cómo la justicia se mezcla con la injusticia, y el poder con el tribunal; los ayuntamientos y las cortes eran talleres tanto de la justicia como de la injusticia: eso llegué patentemente a comprender y también que los que se titulan defensores del orden en el mundo no lo son tanto del orden como (y muchas veces más) del desorden. Y extrañándome de cuánta vanidad y pobreza oculta en sí ese estado, los bendije y me marché de ese lugar.

CAPITULO X

EL PEREGRINO EXAMINA EL ESTADO DE LOS DOCTOS

Me dijo entonces mi guía: “Ya comprendo a donde te atrae tu mente, hacia los doctos, esto es lo que ella reclama para ti, es esta la vida mas fácil, mas tranquila, y mas útil para la mente.” “Si, así es la cosa”, dijo el interprete. “Ya que, ¿qué cosa puede ser mas deliciosa para el hombre que apartarse y no cuidar de las infructuosas tareas manuales y las prisas del cuerpo, y preocuparse nada más que de la investigación de todas las espléndidas causas? Esto es en verdad lo que hace a los mortales hombres semejantes al inmortal Dios. Si, los vuelve casi omnisapientes, corriendo tras todo lo que hay, o había, o habrá en el cielo, en la tierra y en el abismo, conociéndolo todo; aunque, en verdad, eso no se les ofrece a todos en igual perfección”. “¡Guíenme pues allá! ¿Por que demoran?” exclamé yo.

UN RIGUROSO EXAMEN PARA COMENZAR. Entonces llegamos a una entrada que llamaban Disciplina, como me dijeron; y ésta era larga, estrecha y oscura, llena de guardias armados, a los cuales cada uno que deseaba pasar a la calle de los doctos, debía declararse y pedir que se le acompañe. Vi, pues, que muchedumbre de gentes, en su mayor parte jóvenes, llegaban y enseguida se los sometía a diferentes y amargos exámenes. El examen mas importante era el de qué bolsillo, qué asentaderas, qué cabeza, qué cerebro (según el moco) y qué cuero traían. Si la cabeza era de acero, los sesos en ella de mercurio, las asentaderas de plomo, el cuero de hierro y el bolsillo de oro, los alababan y gustosamente les conducían adelante; si alguno no tenia estas cinco cosas, o le hacían volver atrás, o lo admitían a regañadientes y le predecían un mal futuro. “Pues”, dije extrañándome: “¿Que tan importantes son aquí estos cinco metales, que los exigen con tanto ahínco y penetración?” “Si, mucho”, dijo el interprete. “Si alguno no tiene la cabeza de acero se le rompe; si no tiene el cerebro líquido, no podrá formar espejo; si no tiene el cuero de hierro, no soportará los rigores educativos; si no tiene las asentaderas de plomo, no empollará nada, lo desparrama todo; y sin bolsillo de oro, ¿cómo pagarse la holganza y los maestros vivos y muertos? ¿O es que piensas que tamañas cosas se consiguen gratis?” Entonces llegué a comprender que el que se dirige a este estado debe llevar salud, ingenio, persistencia, paciencia y costo. Dije pues: “Así, en verdad, se puede decir: *Non cuiuis contingit adire Corinthum*” (*). No toda madera sirve de veta.

ENTRAR ES DOLOROSO Y DIFÍCIL. MEMORIAL ARTIFICIALIS. Después al penetrar mas adelante en la entrada, veo que cada uno de los guardias se daba el trabajo de tomar a uno o más de los que entraban, y conduciéndoles les soplabo algo en las orejas, les estregaba los ojos, les limpiaba la nariz y ventanillas con vapor, les sacaba la lengua y se las recortaba, les abría, les cerraba y les descomponía las manos y los dedos, y no sé que otras cosas más les hacia. A algunos hasta trataban de agujerearles las cabezas y verterles algo adentro. Al verme horrorizado ante todo esto, el intérprete me dijo: “No te extrañes; los letrados tienen que tener diferentes manos, lenguas, ojos, orejas, sesos y todos los sentidos internos y externos diferentes del vulgo necio; por lo tanto se forman de nuevo aquí, y eso no puede ser sin faena y repugnancia.”

En aquel momento miro y veo que la reformación les costaba muchísimo a los pobrísimos. No del bolsillo, sino del cuero, digo, que tenían que ofrecer. Y también seguramente sobre éste llegó a caer el puño, la vara apuntadora, la verga en la cara, en la

cabeza, en la espalda, bajo las asentaderas, hasta que destilaban sangre y casi siempre estaban llenos de cardenales, arañazos, contusiones y callosidades. Viendo esto, algunos de los que llegaban, antes de entregarse a ellos, atisbaban la entrada y huían alejándose; otros, arrancándose de las manos de esos formadores, igualmente escapaban; un menor número de ellos persistía hasta el fin, hasta que se les dejaba salir a la plaza; hasta que yo también, teniendo ganas de ese estado, pasé la formación, aunque no sin estrecheces y amarguras.

CADA LETRADO RECIBE UNA SEÑAL. Cuando pasamos el umbral, veo que a cada uno así afilado le dan una señal por la cual puede conocerse que ya pertenece a los doctos: un tintero atado al cinturón, una pluma en la oreja y en la mano un libro en limpio para escribir las artes. Pues todo lo recibí también.

Después me dijo el curioso: “Y bien, ya tenemos aquí cuatro bifurcaciones del camino: hacia la filosofía, la medicina, la jurisprudencia y la teología. ¿A donde queremos ir primero?” “Júzgalo tú por mí”, dije. Y él, a su vez: “Conozcamos primero la plaza, donde todos se reúnen, para que eches una mirada al conjunto; después pasaremos a las salas de estudio de cada uno.”

AUN ENTRE LOS DOCTOS HAY DEFICIENCIAS. Entonces me introdujo en una plazuela, y he aquí que nubes de estudiantes y maestros, doctores y clérigos, tanto jóvenes como doblados por la edad hablaban y discutían unos con otros formando grupos, mientras que otros se apretaban en algún rincón para evitar la vista de los demás. Algunos (como lo comprobé bien, pero no me anime a decirlo) tenían ojos y no tenían lengua; otros tenían lengua y no tenían ojos: otros, nada más que orejas, y no tenían ojos ni lengua, etc. Así llegue a comprender que aquí también moraban las insuficiencias. Viendo yo que todos esos salían de algún lugar para volver a entrar allí después, como las abejas zumbando adentro y afuera de la colmena, incité a mis compañeros a que entrásemos allí también.

DESCRIPCIÓN DE UNA BIBLIOTECA. Entramos pues; y he aquí que fue a una sala grande, de la cual ni el final se percibía, y en ella, y por todos sus costados, había muchísimos estantes, cajones, baúles y cajas que cien mil coches no podrían transportar, y cada uno con su rótulo y su título. Entonces dije: “¿En qué botica hemos entrado?”. “En aquella botica”, dijo el interprete, “donde se guardan los remedios contra las infecciones de la mente; y se llama, por nombre propio, Biblioteca. ¡Mira que infinitos almacenes de la sabiduría!” Mirando yo, pues, veo los espinazos de los científicos que llegaban de varios lados a encorvarse alrededor de las cajas, seleccionaban las mejores y más ingeniosas, y, arrancando trozos, los absorbían y lentamente los masticaban y digerían. Acercándome a uno de ellos le pregunté: “¿Qué es lo que haces?” Me contesta: “Me educo”. “¿Y cómo sabe la comida?” “Mientras la estoy masticando”, replicó él, “amarga y ácida; pero después dulce”. “Pero, ¿por qué estas comiéndotela?” “Me sale más fácil llevarla adentro, y así estoy con ello más seguro. ¿Que no ves el provecho?” Pues lo observo con más detenimiento y lo veo gordo y pingüe, de color rosado, los ojos brillantes como velas, el habla cortés y todo él ágil y dispuesto. Me dice entonces el intérprete: “¡Todos están así!”

LOS MALES DEL ESTUDIO. Entonces miro y veo otros muy avaramente se atragantan, tratando de engullir todo lo que les viene a la mano. Mirándoles con mayor detenimiento no veo en ellos ningún aumento en el color, en el cuerpo, en la grasa, a no

ser la hinchazón e inflación del vientre; y noté también que lo que habían engullido, volvía a salir de ellos sin digerirse, por arriba y por debajo. Algunos incluso se mareaban y perdían la cabeza; otros palidecían, languidecían y llegaban a morir por ello. Al ver esto, los demás se lo señalaban mutuamente y ponían a estos como advertencia de cuan peligroso era tratar con libros (porque así llamaban a aquellas cajas); muchos otros aun, se alejaban huyendo; y otros aún daban consejos a todos de tratar a los libros con el mayor cuidado. Y por ello no se los tragaban sino que se colocaban alforjas y bolsas que colgaban de su cuerpo por delante y por detrás, y en ellos embutían aquellas cajas (en la mayoría de las cuales, se podía leer: “Vocabulario”, “Diccionario”, “Léxico”, “Prontuario”, “Florilegio”, “Lugares Comunes”, “Apostillas”, “Concordancia”, “Herbario”, etc., según cada cual se juzgaba inclinado a tal o cual materia), y así cargaban con ellas, y cuando habían de decir o escribir alguna cosa, las sacaban y las ponían en su boca o pluma. Advirtiendo todo eso dije yo: “Estos, me parece, llevan su sabiduría en los bolsillos”; me contestó el interprete: “Son ayudamemorias. ¿Es que no has oído hablar de tal cosa?” Escuché pues, a algunos, alabar este modo de no llevar las artes más que atadas, aduciendo que estos hombres solo comerciaban con conocimientos aprobados por todos. Y esto bien puede ser así; mas yo allí pude fijarme en otra incomodidad de esta costumbre. Ocurrió que en mi presencia algunos perdieron sus cajas, y a otros, mientras se hallaban a un lado, se las quemó el fuego. ¡Ah, cuanto trajín hubo allí, cuanto retorcimiento de manos, cuantas quejas e invocaciones de socorro! En aquel rato nadie quería disputar, escribir, predicar más, sino que andaban con las cabezas bajas, agachados y rojos, y allí donde lo creían correcto, con ruego y dinero se procuraban entre sus amistades un nuevo equipamiento; pero los que habían tragado su conocimiento y lo tenían almacenado en su interior, no temían tales accidentes.

ESTUDIOSOS QUE NO ESTUDIAN. Pues, alcancé a ver también a otros que ni siquiera se tomaban el trabajo de cargar aquellas cajas en sus bolsillos, sino que las guardaban en sus recámaras; entrando allí tras ellos, veo que les preparaban bonitas envolturas, tapizándolas con diferentes colores, algunos incluso orlándolas con plata y oro, y ordenándolas en los estantes. Luego las sacaban de allí y volvían a ponerlas, complaciéndose en mirarlas; otros las componían y descomponían, acercándose y alejándose, mostrándoselas a otros y recreándose ellos mismos al ver cuan bien colocadas estaban; todo ello hecho superficialmente; algunos, de vez en cuando, memorizaban los rótulos y títulos para saber nombrarlos. Digo, pues: “¿A que juegan estos?” Y el interprete me contesta: “Hermanito querido, es fina cosa tener una linda biblioteca”. “¿Aunque no se emplee?” digo yo. Y él responde: “También los que aman las bibliotecas se cuentan entre los doctos.” Yo digo para mi, “Igual que entre los herreros el que tiene montones de martillos y tenazas y no sabe como emplearlos”. Mas no podía sostener esta idea por temor a sufrir algo.

CAPITULO XX

EL ESTADO DE LOS SOLDADOS

CRUELDAD DEL HOMBRE. Pues entramos en la última calle, donde en la primera plaza encontramos no pocos hombres vestidos de rojo; acercándome a ellos oigo que estaban concertando cómo podrían dársele a la muerte alas, para que pudiera penetrar instantáneamente tanto de lejos como de cerca. *Idem* cómo podría destruirse en pedazos en sólo una hora lo que se había construido durante muchos años. Entonces me asusté de sus pláticas porque hasta ahora, cuanto vi en todas partes de los hechos humanos habían sido únicamente pláticas y trabajos acerca de la educación y amplificación de los hombres y acerca de la comodidad de la vida humana; pero estos se consultaban sobre la destrucción de la vida y de la comodidad humanas. Me dijo el intérprete: “Los esfuerzos de éstos son iguales a los del resto, pero por un camino un poco diferente - es decir, liquidando los obstáculos. Más tarde llegarás a comprenderlo”.

RECLUTAMIENTO. Entonces nos acercamos a la puerta donde vi, en lugar de porteros, algunos hombres con tambores que preguntaban a todo el que quería entrar si tenía bolsa. Cuando uno mostró y abrió la suya le vertieron dinero y dijeron: “Este cuero está pagado”; y dejándolo entrar en un lugar como sótano volvieron a sacarlo de allí cubierto de hierro y fuego y le ordenaron continuar a la plaza.

EL ARSENAL O ARMERÍA. Mas yo, deseoso de ver lo que había en ese sótano también entré por allí, y he aquí que en todas las paredes, hasta que no se veía el fin, al igual que en el suelo en montones como hogueras, tan grandes que no se las podría transportar en millares de carros, había diferentes herramientas crueles para picar, tajar, cortar, acuchillar, talar, hender, rajar, desgarrar, abrasar, en resumen, para quitar la vida. Y todo eso de hierro, plomo, madera y piedras hasta que de mí se apoderó el horror y dije: “¿Contra qué animales feroces son tales preparativos?”. “Contra los hombres”, me dijo el intérprete. “¡Contra los hombres!” repetí yo. “¡Ah! Yo hubiera creído que contra fieras rabiosas, contra animales de rapiña salvajes. Pero, ¡Dios santo, cuanta crueldad hay para que los hombres inventen estas horribles cosas contra los hombres!”. “¿Por qué eres tan afeminado?” me dijo el y se rió.

LA VIDA DE LOS SOLDADOS ES LICENCIOSA. Habiendo salido de allí fuimos más adelante hasta la plaza donde vi rebaños de aquellos hombres vestidos de hierro, con cuernos y garras como fieras, unos atados a otros, y tendidos junto a unas artesas y unos baldes, en los cuales se les echaba y se les vertía qué comer y beber, y ellos, uno encima del otro, engullían la comida y la bebida. Dije pues: “¿Es que se ceban aquí a los cerdos para un matadero? Es verdad que veo aquí apariencia humana, mas los hechos son de puercos.” “Esa es la comodidad de este estado”, me contestó el intérprete. Levantándose aquellos en ese momento de las artesas se pusieron a bailar zarabandas, saltar, brincar y lanzar gritos de júbilo. Y el intérprete me dijo: “Vaya! ¿No ves los placeres de esta vida? ¿De qué se cuidan estos? ¡Mira qué jovialidad!”. “Esperaré a ver lo que sigue”, repliqué yo. Ellos mientras tanto, se daban a perseguir y despojar a todo estado de gentes civiles, atacándolos. Después se revolcaban y cometían sodomía y vicio sin nada de vergüenza ni temor de Dios, hasta que enrojecido dije: “Esto no debiera tolerárseles”. “Hace falta tolerarlo”, me contestó el intérprete. “Este estado exige cualesquiera libertades”. Ellos, a su vez, volviendo a sentarse, engullían de nuevo;

y habiéndose empachado de bebidas y comidas hasta enmudecer, se durmieron y roncaron. Después los condujeron a la plaza, donde sobre ellos llovió agua, nieve, granizo, helada, borrasca, sed, hambre y toda clase de cosas feas y más de uno tiritó, dando diente contra diente, languidecía, perecía y de alimento servía perros y cuervos; pero los demás nada se cuidaban de esto, armando juergas a pesar de todo.

DESCRIPCIÓN DE LA BATALLA. ¡De pronto tocó el tambor y sonó el clarín, se oyó estruendo y clamor! E, incorporándose todos, y tomando las dagas, cuchillos, bayonetas y lo que cada cual tenía, se lo encajaban sin misericordia unos a otros, hasta que la sangre chorreaba, esgrimiendo e hiriéndose entre sí peor que las fieras rabiosas. Entonces creció el alboroto por todos lados, porque se oía el estrépito de cascos, el entrechocar de las armaduras, el retintín de las espadas, el retumbar de los tiros, el zumbido de las balas y los proyectiles que volaban cerca de los oídos, el sonido de los clarines, el repiqueteo de los tambores, los gritos de los que alentaban en la refriega, los alaridos de los vencedores, los aullidos de los heridos y moribundos; aquí se veía una terrible granizada de plomo, allá, el horroroso relampagueo y trueno del fuego se dejaba ver y oír; allí a uno y a otro les volaba el brazo, la cabeza, la pierna, acá se caían unos sobre otros y todos se hundían en sangre. “¡Ah! Dios todopoderoso, ¿qué es esto que ocurre?”, dije; “¿Es que el mundo entero habrá de perecer?” Y juntando apenas el ánimo salí corriendo de esa plaza sin saber nada de cómo, ni a dónde me dirigía; luego, recobrando un poco de aliento, pero siempre temblando de pies a cabeza, les dije a mis guías: “¿Qué pandemonium es este al que me han traído, por Dios?” Contestóme el intérprete: “¡Que hombre más afeminado! Esto es ser hombre, el poder atacar”. “Pero ¿qué ofensa se han hecho?” Contestó: “Sus señores disputaron, y la cosa debía ajustarse”. “¿Y es que están ajustando una disputa?” digo yo. “¡Por supuesto! ¿Quién ajustaría sino a los grandes señores, reyes y reinos que no tienen ningún juez encima? Ellos mismos han de zanjarlo entre sí, con ayuda de la espada. El que mejor golpea con el hierro al otro y le ahuma con el fuego, éste se sale con la suya”. “¡Ah, que barbaridad! ¡Ah, que brutalidad! dije yo entonces; “¿es que no existen otros medios para ajustarse? Ajustarlo así conviene a las fieras rabiosas. No a los hombres”.

SOBREVIVIENTES DE LA BATALLA. En ese momento veo como conducen y llevan fuera del campo de batalla a no muy pocos con manos, piernas, narices, cabezas cortadas, con cuerpos acribillados, con piel cercenada, todo ello desfigurado con sangre; y apenas pudiendo mirarles, tanta pena tenía yo, cuando el intérprete me dijo: “Todo eso se curará, y el soldado tiene que encallecerse”. “¿Y qué hay”, digo yo, “de los que dejaron allí la cabeza?” El contestó: “Aquel cuero ya había sido pagado”. “¿Dónde fue eso?” pregunto yo. “¿Es que no viste qué comodidades se les ofrecía anteriormente?” “Y qué incomodidades también”, dije, “tenían que sufrir. Aún si sólo placeres les hubieran precedido, es cosa miserable para el hombre atiborrarse por la sola razón que después en seguida tenga que ir al matadero. Horrible es ese estado: Dondequiera que lo haya, no lo deseo; vámonos de aquí.”

CAPITULO XXI

EL PEREGRINO EXAMINA A LOS CABALLEROS

DONDE SE OTORGAN TÍTULOS DE NOBLEZA Y ESCUDOS NOBILIARIOS. “Observa al menos cuan altamente honrados son aquellos que luchan valientemente y prevalecen sobre todas las espadas, picas, flechas y balas” me dijo mi intérprete. Al punto me condujo a un palacio donde vi a un gran personaje sentado bajo grandioso dosel, convocando ante su presencia a todos los que habían probado su valentía. Muchos vinieron, trayendo consigo los cráneos, extremidades, costillas y manos de sus enemigos, así como bolsas y carteras saqueadas en el pillaje; recibiendo a cambio mucho encomio por estas hazañas, y el personaje bajo el baldaquín les entregaba entonces una tabla pintada, otorgándoles ciertos privilegios extraordinarios por encima de los de todo el resto, que ellos encajaban en la punta de su lanza y ostentaban de aquí para allá para admiración de todos.

OTROS SE SUMAN TAMBIÉN A ESTA CLASE. Observando esto, otros les siguieron los pasos; pues no sólo los de la clase guerrera, como era la costumbre antigua, sino muchos de las clases de artesanos y letrados se presentaban, aunque no ostentaban ni cicatrices ni el botín de sus enemigos; en cambio, presentaban sus bolsas o sus garabatos puestos en libros. Al instante recibían la misma recompensa que los otros, aunque sus tablas eran comunmente aún más espléndidas, y se los admitía a un salón todavía más elevado.

POMPA DE LA NOBLEZA. Los seguí hasta allí y vi grupos de ellos deambulando con sombreros emplumados, espuelas de oro y acero en sus costados. No me atreví a acercarme a ellos, y bien que lo hice. Pues pronto observé cuan mal les iba a aquellos que se atrevían a inmiscuirse. Algunos desdichados que apenas sí habían rozado los ropajes, o no se habían hecho a un lado lo suficientemente rápido, o no se habían inclinado lo suficiente en sus reverencias, o habían pronunciado mal los títulos, recibían golpes. Temiendo un maltrato similar, rogué que nos marcháramos. “Primero examínelos un poco más de cerca. ¡Pero ten cuidado!” me insistió el Sr. Curioso.

ACTOS CABALLERESCOS. Observé, por lo tanto, sus acciones desde cierta distancia; y descubrí que sus labores (de acuerdo a los privilegios de su orden, según ellos decían), consistían en pavonearse de arriba a bajo, encararamarse sobre una jaca; correr tras galgos, cazar liebres y lobos; enviar siervos de la gleba a trabajos forzados; encadenarlos en mazmorras y luego ponerlos en libertad nuevamente; estirar sus piernas lo máximo posible bajo sus mesas atiborradas con una variedad de platos; hacerles reverencias a las damas y besar sus manos; jugar profesionalmente a las cartas y a los dados, contar vergonzosamente historias obscenas e indecentes, y cosas similares. Estaba certificado en sus fueros, según decían, que cualquiera cosa que hicieran habría de estimarse como noble, y que nadie sino las personas honorables podían asociarse con ellos. Algunos medían y comparaban entre sí sus escudos; cuanto más antiguo y dilapidado estaba el escudo, más alto honor se le admitía; sacudían la cabeza y miraban con sorna a los que portaban escudos más nuevos. Vi muchas otras cosas que parecían extrañas y absurdas pero no debo hablar de todas ellas. Esto solamente añadiré, que habiendo examinado suficientemente sus trivialidades, nuevamente imploré a mis guías que partiéramos de allí, y se me concedió el deseo.

HACIA EL CASTILLO DE LA FORTUNA. Al proseguir nuestro camino, mi intérprete comentó: “Bien, tal vez ya investigaste las labores y ocupaciones de la humanidad, y todavía no te ha gustado ninguna; tal vez sea porque pienses que estos hombres no tienen sino afán y prisas sin fin. No obstante, debes darte cuenta que toda su fatiga no es sino el medio para procurarse la holganza que todos los que no se han escatimado a sí mismos finalmente consiguen; y que cuando han adquirido fortuna, posesiones, fama, honores, comodidad y placer, su alma tiene de sobra en qué deleitarse. Permítenos, por tanto, conducirte al Castillo del Deleite para que puedas ver la meta de todos los trabajos del hombre”. Al punto me regocijé, prometiéndome a mí mismo descanso y solaz para mi espíritu.

CAPITULO XXIII

EL PEREGRINO INVESTIGA EL CASTILLO DE LA FORTUNA

VIRTUD, PUERTA OLVIDADA HACIA LA FORTUNA. Llegados a las puertas de ese espléndido edificio, puede observar, en primer lugar, una gran congregación de personas reunidas allí desde todas las calles de la ciudad, rodeándolo y procurando su entrada a él. Una sola puerta angosta y empinada conducía al interior del castillo; pero se hallaba en ruinas, habiendo sido ahogada por los escombros y cubierta de espinas; la llamaban, creo así, Virtud. Se me informó que en tiempos antiguos había sido construida como el único medio de acceso al castillo, pero que al poco tiempo se había derruido en algún accidente; por ello, muchas puertas más pequeñas se abrieron lateralmente, y la puerta original había sido abandonada por su inaccesibilidad, empinado acceso y dificultad en atravesarla.

ENTRADAS LATERALES. Habiéndose entonces perforado las paredes, varias puertas más pequeñas se habían abierto a ambos lados; pasé revista a los nombres inscriptos sobre sus dinteles: “Hipocresía”, “Mentira”, “Adulación”, “Perfidia”, “Astucia”, “Fuerza bruta”, y así, mientras me hallaba leyéndolas en voz alta, los que entraban por la puerta me escucharon y se indignaron furiosamente contra mí y me amenazaron arrojarme colina abajo; me vi forzado, entonces, a guardar silencio. Percibí también que unos pocos aún intentaban escalar sobre los escombros y espinos de la antigua puerta, pero tan solo algunos lograban trasponerla, mientras que el resto fracasaba en su intento; estos últimos se volvían dirigiéndose a las puertas inferiores y entraban por allí.

LA FORTUNA PROMOCIONA SELECCIONANDO AL AZAR. Habiendo penetrado, noté que no se trataba del castillo propiamente dicho sin de su antepatio, en el cual había multitud de personas, todas mirando anhelantes hacia los pisos superiores y suspirando. Cuando inquirí qué estaban haciendo, se me informó que aguardaban que la graciosa Dama Fortuna posara sus ojos sobre ellos para admitirlos al interior del castillo. “¿Pero no entrarán todos ellos al fin y al cabo de todas maneras?” pregunté, “todos se han afanado laboriosamente para lograr ese fin”. “Depende de cada uno de ellos el esforzarse tanto y cuanto esté en sus medios”, me replicó mi guía. “Al final, no obstante, corresponde a Dama Fortuna el otorgarles el acceso o denegárselos. Puedes observar por ti mismo el funcionamiento.” Observé entonces que no había escaleras ni puertas que condujeran más arriba sino tan solo una larga rueda perpetuamente en movimiento. Aferrándose a ella, un hombre podía ser elevado al piso superior, donde sería recibido por la Dama Fortuna y se le permitiría continuar avanzando. Sin embargo, no todos los de abajo conseguían aferrarse a la rueda, sino tan solo los que habían sido conducidos hasta ella o colocados sobre ella por un oficial de la Dama Fortuna, de nombre Suerte: a todo el resto la rueda se les resbalaba de entre las manos. Este regente, Suerte, se paseaba por entre la multitud, escogiendo a personas al azar y sentándolas sobre la rueda: mas aunque otros se apretujaban por colocarse al alcance de su vista o le extendían sus manos suplicándole, argumentándole sus pasados sacrificios, sudor, callos, cicatrices y otras marcas, todo era en vano. Sostengo que la dama debe ser totalmente sorda y ciega, pues ni miraba a nadie ni atendía a sus ruegos.

EL TRISTE CASO DE LOS BUSCADORES DE FORTUNA. Muchas gentes de varias condiciones lograba entrar por causa de su profesión por la puerta de la Virtud o por las

puertas laterales; como señalé anteriormente, no mezquinaban labores ni penas, mas en vano aguardaban su felicidad: mientras otro, que tal vez ni siquiera pensaba en el asunto, era cogido de la mano y elevado. Muchos de estos que aguardaban desesperaban totalmente de que su turno llegara alguna vez, de modo que no pocos de ellos encanecían en el intento: muchos en desesperación renunciaban a toda esperanza de felicidad y volvían a su tedio y rutina., pero otros, poseídos nuevamente del deseo de regresar al castillo, se empujaban y apretujaban ante la Dama Fortuna para captar su atención; luego pude ver que en ambos casos el estado de esta gente es desgraciado y lleno de miseria.

CAPITULO XXV

LA VIDA DE LOS VOLUPTUOSOS

“Subamos a los pisos superiores, no hallarás allí sino genuinos placeres, ¡te lo prometo!”, dijo el Sr. Curioso. Así que ascendimos y entramos en el primer salón; contemplé varias hileras de sillas colgantes suspendidas del techo recubiertas de espumosos colchones de plumas: quienes allí dormitaban estaban rodeados de enjambres de sirvientes con espanta-moscas y abanicos y otros implementos en sus manos, siempre atentos para servir todo tipo de menesteres. Toda vez que alguno deseaba incorporarse, hacia él se extendían manos desde todos los ángulos; al vestirse, nada sino las más suaves prendas de seda se le ofrecían; cuando ansiaba dirigirse a alguna parte, se le portaba hasta allí en literas tapizadas con almohadillas. “¡He aquí el confort que has buscado!” exclamó mi intérprete, “¿qué más podrías desear? Poseer tal abundancia de toda buena cosa al punto de no precisar cuidarse de nada, desconocer todo esfuerzo y afán, poseer todo lo que el corazón anhela, no permitir que ningún viento adverso sople en contra, ¿no es éste un bendito estado?” “Estas salas son ciertamente más alegres que los salones de tortura allá abajo”, respondí, “pero aún aquí no todo lo que veo me agrada” “¿Qué está mal esta vez?” me preguntó. “Me desagradan esos holgazanes señores con ojos saltones, rostros abultados, vientres hinchados y miembros sensibles que no pueden tocarse porque arden como una llaga inflamada”, repliqué, “si rozan algo o alguno los toca inadvertidamente, o si se hallan en una corriente de aire, al punto se enferman. El agua estancada se pudre y apesta, he oído decir, y aquí veo ejemplos de ello. Estos hombres no disfrutan de la vida porque la malgastan durmiendo, nada aquí me resulta atractivo”. “¡Qué remilgado filósofo eres!” me dijo mi intérprete.

DIVERTIMENTOS Y JUEGOS. Luego me condujeron a otro salón, donde mis ojos y oídos recibieron la bienvenida de nuevas delicias: vi encantadores jardines, estanques, y cotos de caza, con venados, pájaros y peces; el aire resonaba con deliciosa música: contemplé también animados comensales, jugueteando, persiguiéndose mutuamente, danzando, practicando esgrima, sentados a la mesa ante un juego, y quien sabe cuantas cosas más. “Esta sí que no es agua estancada” me señaló mi intérprete. “Cierto”, repliqué yo, “mas permíteme observar más de cerca.” Luego de examinarlos, señalé: “Veo que ninguno de estos comensales participa de estas distracciones hasta el fin; mas bien cansándose de ellas corren tras otra. Trivial juego me parecen”. “Si buscas delicias en el comer y el beber”, me dijeron, “pasemos a esta sala.”

LOS GLOTONES. Entramos entonces a una tercera sala; y había allí hombres sentados ante mesas y tablas repletas de todo en abundancia, dándose alegremente a un festín. Me acerqué y observé cómo algunos se atoraban ininterrumpidamente de comida y bebida hasta que sus estómagos apenas lograban contener todo y debían aflojar sus cinturones; otros engullían tanto que la comida desbordaba por arriba y por debajo. Otros escogían tan sólo los bocados más exquisitos y, relamiéndose los labios, deseaban solamente tener cuellos de garza (para que el sabor perdurase por más tiempo). Algunos se ufanaban de no haber visto en veinte años una puesta o una salida del sol: pues para el ocaso ya se habían emborrachado y al amanecer aún no estaban sobrios. Ni tampoco se sentaban en opresivo silencio, sino que había de entretenérselos con música a la cual cada uno unía su voz, de modo que los sonidos que allí se oían parecían producidos por

varias bestias y aves; uno aullaba, el otro rugía, o cacareaba, ladraba, silbaba, gorjeaba o piaba, acompañando su actuación con gestos grotescos.

.....

¿Y, por qué habría de negarlo? se me persuadió a sentarme ante una mesa y permitir que se realizaran brindis en mi honor, y vacié mis propias copas hasta el fondo, deseando descubrir al fin qué disfrute había en ello. Me uní inclusive al canto, la juerga y los gritos de jolgorio: en resumen, me comporté como el resto. No obstante, lo hice más bien tímidamente, pues me parecía bastante impropio. Cuando los demás vieron mis débiles intentos, se burlaron de mí, mientras que otros me atacaban reciamente por no vaciar mis copas con mayor rapidez. Mientras tanto, algo comenzó a retorcerse bajo mi abrigo, a latir en mi sien bajo el sombrero, y a querer salir por mi garganta; los pies me comenzaron a temblar, la lengua a tartamudear y la cabeza a sufrir mareos, y yo comencé a enojarme conmigo mismo y con mis líderes y abiertamente a declarar que esto era pura bestialidad no digna de seres humanos; particularmente luego de que hube escrutinado las delicias de esos voluptuosos aún más detenidamente.

EL MISERABLE CAMINO DE LOS VOLUPTUOSOS. Pues escuché a algunos quejarse de no apetecer ya más comida ni bebida, ni poder forzarlos por su garganta. Otros, apenándose por ellos, y para ayudarles, ordenaban a mercaderes que barrieran la faz de la tierra buscando bocados que resultaran apetecibles a los *gourmands*; conminaban a los cocineros que usaran de todo su ingenio para impartir a las delicades un especial fragancia, color y gusto que incitara y despertara al estómago; a los médicos que recurrieran a eméticos y purgantes para provocar la libre evacuación de las entrañas, de modo que una comida dejara espacio para la otra. Por lo tanto, enorme afán y tesoro costaba juntar las cosas que embutían y verterían por sus golletes; mucho ingenio y sutileza conducir las hasta allí; y, finalmente, ora les provocaban excruciantes dolores y retorcijones en sus vientres, o eran vomitadas fuera. Aún más, como regla todos sufrían de mal aliento en su boca, hipo, ardores de estómago y eructos; dormían mal y sufrían de estornudos y tos, sus narices chorreaban continuamente y su mesa y sus esquinas estaban llenas de vómito y excremento. Caminado o recostados, sufrían de vientres pútridos, pies gotosos, temblor de las manos, pústulas en los ojos y cosas parecidas. “¿Son estas las supuestas delicias?”, exclamé yo, “¡ah, partamos de aquí para que no sea tentado a decir más y me atraiga otra zurrada!”. Luego apartando mi vista y sujetándome la nariz, salí fuera.

VENERIS REGNUM. Entramos en otra sala del mismo conjunto de habitaciones donde vi multitudes de personas de ambos sexos caminando tomados de la mano, abrazándose y besándose; para no mencionar otras cosas.

LIBIDINIS AESTUS. De todo lo que vi, sin embargo, esto sólo mencionaré como advertencia a mí mismo: Toda esta gente, encerrada aquí por la Dama Fortuna, sufría de una enfermedad ardorosa con costras en la piel que les provocaba perpetua picazón, de modo que no tenían respiro, sino que dondequiera iban, se rascaban y frotaban contra cualquier cosa que hallaban, hasta brotar sangre; aún así, este rascarse no aliviaba la picazón, sino tan solo la intensificaba. Se avergonzaban ciertamente de ello, pero secretamente y a escondidas no hacían sino rascarse.

MORBUS GALLICUS. Evidentemente era este malestar de lo más fastidioso e incurable. Además, no pocas veces la enfermedad se manifestaba exteriormente, de manera que se asqueaban los unos a los otros, viéndose repugnantes a los ojos del otro;

para vista y mente sanas era insoportable ver su aspecto o aguantar el hedor que despedían.

LIBIDO DESESPERATIONES PRACTICUM. Finalmente observé que esta habitación era la última del Palacio del Deleite, desde la cual no podía retrocederse ni avanzar, excepto que al fondo noté un agujero por el cual aquellos que se habían entregado por completo a esta lascivia se precipitaban vivos y se hallaban en las tinieblas exteriores que rodean al mundo.

CAPITULO XXXVI

EL PEREGRINO DESEA HUIR DEL MUNDO

EL PEREGRINO HUYE DEL MUNDO. Siendo incapaz de contemplar por mas tiempo, o de soportar la pena en mi corazón, huí, deseando buscar refugio en algún desierto, o mas bien, si ello fuera posible, escapar sin más de este mundo. Pero mis guías se lanzaron tras de mi y, alcanzándome, me demandaron les explicara porque huía. Deseando ahuyentarlos con mi silencio, no respondí palabra. Pero cuando obstinadamente me importunaron, determinados a no dejarme seguir, exclamé: “Claramente percibo ya que nada más bueno es dable esperar del mundo. Mis esperanzas han muerto. ¡Ay de mi!”. “¿Es que nunca terminarás de entrar en razones, aun luego de contemplar tamaños ejemplos como los que has visto?” me retrucaron. “Prefiero morir mil veces”, les respondí, “antes que permanecer aquí donde tales cosas acontecen y contemplar el engaño, el fraude, la mentira, la crueldad y el error. Por tanto, prefiero morir a vivir; voy a conocer la suerte de los muertos que veo lanzan afuera.”

EL ENGAÑO DESAPARECE. El Sr. Ubicuo consintió al punto, diciendo que buena cosa era ver y comprender aun eso, pero mi otro acompañante no lo creyó conveniente, y de hecho, se opuso a la empresa. No prestándole mas importancia a ese, y sacudiéndome a la fuerza de su abrazo, seguí adelante. Él se quedo taras y me abandono.

EL PEREGRINO CONTEMPLA A LOS QUE AGONIZABAN Y A LOS MUERTOS. De inmediato, mirando a mi alrededor, contemplé a los agonizantes, de los cuales abundaban allí. Vi un triste espectáculo, pues cada uno entregaba el espíritu con terror, lamentaciones, miedo y temblor, no sabiendo qué le esperaba mas allá ni dónde pararía luego de abandonar el mundo. Yo también lo temí, mas deseando igualmente entender esto un poco más, caminé entre las hileras de lechos hasta llegar al fin del mundo y de la luz; allí los amigos de los difuntos cerraban sus ojos y ciegamente arrojaban a sus muertos al abismo. Quitándome los anteojos del Engaño y frotándome los ojos, me asome hasta donde daba mi cuerpo. Nada vi allí sino espantosa oscuridad y una negrura de la cual ni fondo ni fin podía la humana mente sondear, y en la que nada más que gusanos, sapos, serpientes, escorpiones, pus y hedor podían encontrarse; además, un olor a sulfuro y alquitrán, nauseabundos para el cuerpo y el alma, salía de allí, en una palabra: ¡horror inimaginable!

EL PEREGRINO SE DESMAYA, ATERRORIZADO. Todas mis partes internas se hallaban paralizadas, y temblando de pies a cabeza, poseído por el terror, caí desmayado al piso. “Ay, tres veces maldito, miserable, infeliz hombre!” grité en mi angustia, “¿es ésta tu gloria final? ¿Es esta la conclusión de tus espléndidas obras? ¿Es ésta la meta de tus innumerables conocimientos de los que tanto te ufanas? ¿Es ésta la paz y holganza luego de tus infinitos trabajos y afanes? ¿Ésta la inmortalidad que tanto te prometes a ti mismo? ¡Ah, ojalá no hubiera visto nunca la luz! ¡Ojalá jamás hubiera atravesado la puerta de la vida, si después de todas las banalidades del mundo tengo que terminar preso de esta oscuridad y horror! ¡Ah, Dios mío, Dios mío! Si Tu existes, apiádate de este miserable mortal!”

CAPITULO XXXVII

EL PEREGRINO ENCUENTRA EL CAMINO A CASA

LA PRIMERA CONVERSIÓN ES OBRA DE DIOS. Cuando cese de hablar, pero aun mi cuerpo se sacudía con temblores pavorosos, oí un murmullo suave y delicado junto a mi oído, que me decía: “¡Regresa!” Levante mi cabeza y mire a mi alrededor para ver quien me llamaba y a donde me ordenaba regresar; mas no vi a nadie, ni tan siquiera a mi guía, el Sr. Ubicuo. Pues aun éste me había abandonado.

Mas, ¡o maravilla! nuevamente resonó la voz: “¡Regresa!” No sabiendo a donde regresar, ni cómo hallar un camino para salir de esa oscuridad, me sentí desmayar, pero la voz llamó una tercera vez: “Regresa al lugar de donde viniste, al hogar de tu corazón, y cierra la puerta tras tuyo”

LA SEGUNDA CONVERSIÓN REQUIERE NUESTRO ESFUERZO. Obedecí el consejo como lo entendí, y excelentemente obré al prestar así atención a la voz de Dios que me aconsejaba, pero aun eso era don Suyo. Recogiendo mis pensamientos lo mejor que pude, y cerrando mis ojos, oídos, boca y narices, y todas las demás puertas externas, me metí por dentro de mi corazón, y ¡o cielos! estaba allí muy oscuro. Mas luego de mirar detenidamente, y tantear un poco a mi alrededor, percibí al tanto un levísima luz que se colaba por algunas grietas, mediante la cual pude distinguir sobre mi cabeza en la bóveda de esta mi recámara una gran ventana circular de vidrio. Pero estaba tan sucia y ennegrecida que ninguna luz podía atravesarla.

DESCRIPCIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA CORRUPTA. Observando a mi alrededor gracias a esta débil luz, discerní varios cuadros en las paredes que, según me parecía, habían poseído en otros tiempos gran belleza; mas ahora los colores estaban gastados y algunos miembros de las figuras habían sido cortados o se habían roto. Me acerqué un poco más y pude observar sus nombres: Prudencia, Humildad, Justicia, Pureza, Dominio Propio, etc. En medio de la habitación había desparramadas unas escaleras dañadas y rotas; también poleas rotas y pedazos de cuerda. Vi además una alas grandes con algunas plumas arrancadas, así como ruedas de molino o cilindros torcidos, dientes y varas, todo mezclado sin ton ni son.

LA SABIDURÍA DEL MUNDO NO PUEDE REPARARLOS. Me preguntaba cuál sería el uso de estos instrumentos y cómo y por quién habían sido dañados; y como habrían de repararse. Pero observando y considerando no pude llegar a ninguna conclusión; sin embargo, comencé a esperanzarme que aquel que me había conducido hasta esta recámara mediante su llamado - quienquiera hubiera sido - me haría oír su voz nuevamente y me diría que más debía realizar. Pues comencé a sentirme complacido por lo que pude ver; la recamara no tenia el horrible hedor que había en los otros lugares que había visitado en el mundo, ni llegaba hasta allí el ruido y el barullo, el chocar y tintinear, el trajín y la vorágine, el forcejeo y la violencia (de las que estaba repleto el mundo) puesto que todo aquí era paz.

CAPITULO XXXVIII

RECIBE A CRISTO COMO SU INVITADO

NUESTRA ILUMINACIÓN VIENE DE ARRIBA. Consideré todas estas cosas dentro mío, y esperé a ver que pasaba. ¡Y he aquí! Una luz brillante irrumpió sobre mí desde arriba. Yo alcé mi vista y vi la ventana superior llena de una luz enceguedora, en cuya brillantez vi a un hombre, de apariencia externa mortal como la nuestra, mas en su esplendor, verdadero Dios, descendiendo hasta mi. Su rostro, aunque deslumbraba, podía contemplarse con el ojo humano, y no era aterrador. Por el contrario, tal bondad aprecia brotar de él cual nunca había hallado en este mundo. Al punto, gentil y condescendiente, me dirigió la palabra:

LA FUENTE DE TODA LUZ Y GOZO ESTA ALLÍ. “Bienvenido seas, bienvenido seas, hijo mío y hermano!” Diciendo lo cual, me abrazó afablemente y me besó. Llenaba el ambiente con tal exquisita fragancia que me sentí inundado por el un gozo inefable y las lágrimas cayeron de mis ojos; ni supe tampoco qué responder a tan inesperado recibimiento, así que tan solo suspire hondo y lo miré humillado. Viéndome tan aterrorizado y gozoso, siguió diciéndome: “¿Por dónde has andado perdido, hijo mío? ¿En qué partes te has demorado tanto? ¿Por dónde anduviste peregrinando? ¿Qué cosa es la que buscabas con tanto afán en el mundo? ¿Felicidad? ¿Dónde habrías de hallar a Dios sino en Su propio templo? ¿Y cual es el templo que el Dios viviente se ha aderezado para sí, sino tu propio corazón? Te he visto, hijo mío, mientras peregrinabas, pero no deseaba verte vagar mas, y te he traído hasta mí, atrayéndote primero hacia ti. Pues aquí yo he escogido un hogar para hacer mi habitación; y si tu consientes en vivir conmigo, encontrarás en él todo lo que andabas buscando en vano por el mundo - paz, felicidad, gloria, y abundancia de toda buena cosa. Te prometo, hijo mío, que aquí no serás defraudado como lo fuiste en el mundo.”

CONSAGRACIÓN TOTAL A DIOS. Oyendo este discurso y llegando a la conclusión de que se trataba de Jesucristo, mi Salvador, de quien había oído algo aún estando en el mundo, junté mis manos alegre y confiadamente - no como antes, miedosa y dubitativamente - y las tendí hacia El. “Heme aquí, Señor Jesucristo, júntame a Tí” exclamé, “Tuyo quiero ser y permanecer para siempre. Habla a tu siervo y concédeme que pueda obedecerte; revélame lo que desees, y otórgame que encuentre en ello mi deleite; pon la carga que desees sobre mis hombros, y concédeme que pueda llevarla; úsame en cualquier tarea que te plazca, y permíteme que no te falle nunca en ella; ordena lo que te plazca, y lo que Tu ordenes, concédemelo; que yo sea nada y Tú solo seas el todo en todos.”

CAPITULO XL

CÓMO FUE TRANSFORMADO EL PEREGRINO

DESCRIPCIÓN DEL NUEVO NACIMIENTO. Mientras así hablaba, la luz a mi alrededor comenzó a aumentar y percibí que esos cuadros, que antes había visto desdibujados y rotos, se compusieron, y se hicieron claramente visibles y hermosos. De hecho, ¡comenzaron a moverse ante mis propios ojos! De la misma manera, las ruedas rotas y desparramadas se reunieron y produjeron un fabuloso instrumento, como un reloj, manifestando el curso del mundo y los maravillosos gobiernos de Dios. Las escaleras, que subían hasta la ventana desde la que penetraba la luz celestial, también fueron reparadas, y entendí que mediante ellas podía asomarme al mas allá. Las alas arrancadas que había observado previamente recibieron ahora grandes y nuevas plumas, y el Señor que me había hablado las recogió y las sujeto a mi espalda. “Hijo mío”, me dijo, “yo habito en dos lugares. En la gloria del cielo y aquí en la tierra en el corazón contrito. Por tanto, deseo que tu también tengas dos habitaciones: una aquí en tu hogar, donde he prometido morar contigo, y la otra conmigo en el cielo. Te doy estas alas (que son los deseos por las cosas eternas) para que con ellas puedas alcanzar los lugares celestiales; podrás, mediante su uso, elevarte cuanto quieras hasta mi, para deleitarnos mutuamente”.

CAPITULO XLI

EL PEREGRINO ES CONDUCIDO HACIA LA IGLESIA INVISIBLE

NUEVO FRENO Y ANTEOJOS. “Mientras tanto, para tu fortalecimiento y mayor ejercicio en aquella consolación a la que te he llamado, te envío entre mis otros siervos que previamente han abandonado el mundo y se han rendido totalmente a mí, para que puedas observar su conducta.” “¿Donde viven, Señor mío?” pregunte yo, “¿donde habré de buscarlos?”. El respondió: “Viven desparramados entre los otros en el mundo, pero el mundo no los conoce. Para que puedas reconocerlos y para que puedas estar seguro contra las trampas del mundo mientras en él permanezcas hasta que yo te llame fuera de él, y en lugar de los anteojos y el freno que llevabas anteriormente, pongo sobre ti mi propio yugo (que es obediencia hacia mi) para que no sigas de ahora en mas a ningún otro sino a mi. Además, añado estos anteojos por medio de los cuales podrás discernir aún mas claramente las vanidades del mundo, en caso que llegaras a mirarlas, así como la consolación de mis escogidos” (el marco de los anteojos era la Palabra de Dios, y su lente el Espíritu Santo) “Ve ahora”, continuo, “y regresa al lugar que tu pasaste por alto antes, allí veras cosas que no habrías podido percibir entonces sin la ayuda de estos mis dones.”

LOS CRISTIANOS VERDADEROS EN MEDIO DE LOS NOMINALES Y EN QUE DIFIEREN. Traje a la memoria entonces el lugar en el que había pasado de largo y, levantándome, apresuré mi regreso a él con tanto celo que ni siquiera note el tumulto del mundo a mi alrededor. Al punto penetré entonces en el templo llamado Cristiandad, y espiando en el interior más remoto del coro una cortina o separación, fui directamente hasta ella, no echando siquiera una mirada a las sectas que contendían en los pasillos. Fue allí entonces donde por primera vez vi que mojón era aquel: a saber, que su nombre era “praxis christianismi”, la verdad del Cristianismo. La cortina que lo separaba del resto era doble: la externa, que podía verse desde afuera, llamada “contemptus mundi” (el desprecio del mundo) era de color mas oscuro; la otra cortina interior era resplandeciente, y se llamaba “amor Christi” (el amor de Cristo); estas dos cortinas, observé, separaban y dividían este lugar del resto; mas el interior no era visible desde afuera. Todo el que penetraba a través de la cortina al punto era cambiado y hecho distinto de la otra gente, siendo lleno de felicidad, gozo y paz.

HAY POCOS CRISTIANOS, Y PORQUE. Mientras me hallaba aun del otro lado, contemplando, vi un fabuloso y extrañísimo fenómeno: que aunque muchos miles de gentes pasaban constantemente por el lugar, no entraban; ya porque no lo veían y simplemente lo ignoraban o por su sombrío aspecto exterior, no supe decirlo. Vi muchos versados en las Escrituras, clérigos y obispos, así como muchos otros que profesaban la santidad, pasar de largo y algunos hasta llegar a echar una mirada adentro, pero no penetraban: por lo que los compadecía. Algunos de ellos, acercándose más aún, notaban un rayo de luz que se colaba por una grieta, o percibían una dulce fragancia que provenía del interior, que los atraía, de modo que comenzaban a buscar la entrada. Pero aún entre estos, que comenzaban a buscar la puerta, algunos, dándose vuelta, eran alcanzados por la fulgurante luz del mundo, y se marchaban.

NECESIDAD DEL NUEVO NACIMIENTO. Mas percibí la verdadera razón por la que tan pocos entraban cuando me acerqué a la puerta de separación: pues un examen en extremo riguroso se producía allí. Todo el que deseara entrar debía entregar todas sus

posiciones, y aun sus ojos, oídos, mente y corazón; pues, decían, quien quiera ser sabio para Dios, debe ser un simple para si mismo; y quien desee conocer a Dios debe olvidar todo el resto; y quien desee poseer a Dios debe entregar toda otra cosa. Luego, quienes se resistían a abandonar sus riquezas o sabiduría, conteniendo que tales cosas era ayudas para el cielo, permanecían afuera y no entraban. Aquellos a quienes se les permitía pasar, tenían que someterse, me di cuenta, a una revisión, no solo de sus vestidos para quitar hasta el mas pequeño rescoldo de vanidad que pudiera esconderse allí, sino también (algo inusual en cualquier otro lado) , tenían sus partes interiores, la cabeza y el corazón, examinadas para que nada sucio pueda contaminar la morada de Dios. Aunque esto no podía hacerse sino con algún dolor, la herida era tan hábilmente compuesta por una medicina celestial que la operación le devolvía la vida al paciente mas abundante que al principio, antes que más pobre. Pues en lugar de la sangre que se había vertido durante la operación punzante y cortante, una suerte de fuego se encendía en los miembros del hombre transformándolo tan completamente que él mismo se maravillaba del cambio y su paciencia hasta entonces de sufrir tan inútiles cargas que el mundo llama sabiduría, gloria, placer y riqueza (pues a verdad no son sino cargas). Vi allí al cojo saltar, al tartamudo disertar con elocuencia, al simple avergonzar a los filósofos, y a los que nada poseen reclamar la posesión de todas las cosas.

LA IGLESIA ES EL MUNDO AL REVÉS. Habiendo observado estos prolegómenos a la puerta, entré al lugar cerrado y (primero en forma general, luego más en particular) examiné a algunos de los electos. Me llene de gozo inenarrable, pues todo lo que veía allí era justamente lo opuesto a las condiciones del mundo. Pues en éste yo había visto ceguera y oscuridad por todas partes, aquí en cambio luz enceguedora; en el mundo fraude, aquí verdad; el mundo había estado lleno de desorden, aquí nada sino el mas excelente orden podía verse; en el mundo, afán, aquí paz; allí angustias y temores, aquí gozo; en el mundo carestía, aquí abundancia; allí servidumbre y sujeción, aquí libertad; en el mundo todo laborioso y pesado, aquí todo fácil, allí los mas lamentables percances, aquí seguridad perfecta. Todo esto deseo discutir mas extensamente.

CAPITULO XXXLII

LA LUZ DE LOS CRISTIANOS ESPIRITUALES

LA DOBLE FUENTE DE LUZ. El mundo y los que en él andan a tientas son guiados casi exclusivamente por mera suposición, en sus acciones cada uno siguiendo el ejemplo del otro, en todo orientándose por tacto como el ciego, aquí y allá teniéndose o tropezándose. Pero los Cristianos tiene una doble y brillante fuente de iluminación interna, la luz de la razón y la luz de la fe, que son guiadas por el Espíritu Santo.

LA LUZ DE LA RAZÓN. Pues aunque al entrar en esas habitaciones deben hacer a un lado y entregar su razón, les es restaurada por el Espíritu Santo purificada y afilada; y así son como si fueran todo ojo; pues adondequiera sus pasos los llevan por el mundo, todo lo que ven, escuchan, huelen, o degustan, sea de arriba, abajo o de a su alrededor, discernen en todas partes las huellas de Dios y saben como volver todo hacia el temor de Dios. Por esa razón son más sabios que todos los filósofos del mundo, a quienes Dios en su justo juicio tiene cegados para que no comprendan que, aunque profesan conocerlo todo, no conocen nada; ni lo que poseen ni lo que no poseen; ni lo que obran, ni lo que debieran obrar y no obran; ni qué fin se esfuerzan por lograr o están logrando. Su conocimiento se contenta con la cáscara, es decir, la fútil investigación de lo externo; pero no penetra el corazón interior con la omnipresente gloria de Dios. En cambio un Cristiano en todo lo que ve, escucha, toca, huele, o degusta, ve escucha, toca, huele y degusta a Dios, teniendo asegurado en su interior que su experiencia no es una mera suposición sino verdad.

LA LUZ DE LA FE. De igual modo, la luz de la fe lo alumbra brillantemente, para que pueda ver y conocer no sólo lo que ve, escucha, o toca sino aún lo intangible e invisible. Pues Dios ha revelado en Su Palabra qué hay arriba de los cielos en las alturas, así como lo que hay bajo la tierra en el abismo, y qué había antes del mundo y lo que habrá después. El Cristiano, creyendo esto, tiene todo claramente expuesto antes su vista, mientras que el mundo no puede terminar de comprenderlo. Pues el mundo nada acepta sino pruebas tangibles, de modo que cree solo en lo que tiene en su mano; mientras que el Cristiano descansa tan audazmente en las cosas invisibles, ausentes y futuras, que aborrece las presentes. El mundo exige pruebas; el Cristiano se contenta y esta muy bien con la sola palabra de Dios. El mundo exige seguridades, juramentos, rehenes y sellos; el cristiano piensa que la fe basta por toda certidumbre. El mundo sospecha, inspecciona, prueba y espía; el Cristiano descansa del todo en la palabra de Dios. Luego, donde el mundo siempre tiene causa para detenerse y dudar, cuestionar y vacilar, el cristiano siempre tiene causa para creer implícitamente, obedecer, y someterse; pues la luz de la fe lo ilumina para que pueda ver y conocer que todas estas cosas son inmutables y no pueden ser de otra manera, a pesar de su inhabilidad para aprehenderlas con la luz de la razón.

LAS MARAVILLAS DE DIOS VISTAS CON ESTA LUZ, EL RUMBO DEL MUNDO. Mirando a mi alrededor con esta luz, vi un increíble espectáculo a más maravilloso, que las palabras no pueden describir. Lo habré de adumbrar solo en parte. Vi a este mundo expuesto ante mi como un enorme e inmenso reloj, compuesto de

varias partes visibles e invisibles, pero hecho enteramente de vidrio, transparente y quebradizo; y había en el miles - ¡que va! - miles de millares de varillas, ruedas, ganchos, dientes y muescas, grandes y pequeñas, todas en movimiento y oscilación, unas dentro de las otras; algunas se movían silenciosamente y sin ruido, otras con fricción y raspaje. En el centro se hallaba emplazada la principal, aunque invisible, rueda, de la cual el movimiento se transmitía de modos incomprensibles al resto la máquina. Pues el espíritu de aquella rueda era impartida a todas las otras y las dominaba; y aunque me parecía imposible llegar a comprender esto en su totalidad, no obstante pude ver clara y distintivamente que aquello era lo que ocurría. Grandemente maravillado así como complacidísimo estuve al mirar y ver que, aunque muchas de esas ruedas a veces se deslizaban y caían fuera, pues los dientes y muescas y aun las ruedas y varillas eran a veces aflojados de manera que se salían y caían, el movimiento general nunca cesaba; esto se realizaba por algún misterioso artilugio de su dirección secreta que restauraba y reemplazaba las piezas perdidas.

CÓMO TODO ES GOBERNADO POR LA SECRETA ORDENANZA DE DIOS. Permítaseme hablar mas claramente; vi la gloria de Dios, cómo los cielos, la tierra, y el abismo, así como todo lo que puede ser imaginado mas allá de la tierra y las vastísimas moradas de la eternidad, estaban llenos de su Poder y Deidad. Vi, digo, que Su omnipotencia penetraba todas las cosas y proveía el fundamento para todas las cosas; todo lo que ocurre en toda la extensión del mundo, en todas las cosas de las mas vastas a las mas diminutas, ocurre solo por Su voluntad. Y esto yo mismo lo he visto.

PARTICULARMENTE ENTRE LOS HOMBRES. Y hablando particularmente sobre los hombres, vi que todos los hombres, sean malos o buenos, viven, se mueven y tienen su ser sólo en Dios y por el poder de Dios. Pues cada movimiento y aliento suyos proceden de Él y ocurren por su poder. Vi como Sus siete ojos, cada uno un millar de veces más potente que el sol, se pasean por la extensión de la tierra tomando nota de todo lo que ocurre, sea a la luz o encubiertamente, en lo abierto o en lo secreto, aun hasta las mas grandes profundidades, y penetra en los corazones de todos los hombres. De igual modo vi a Su misericordia que inunda todas Sus obras, particularmente en su trato con los hombres. Pues vi como Él los ama y procura su bien, demuestra compasión para con los pecadores, perdona a los transgresores, llama de regreso a los perdidos, recibe al que regresa, espera al que pospone, pacientemente carga con los recalcitrantes, es sufrido con los que lo provocan, perdona al penitente, y abraza al obediente. Instruye al simple, consuela al dolorido, advierte al errante, levanta al caído, responde a los que piden y dispendiosamente concede a los que no pidieron, abre la puerta a los que llaman y a la de aquellos que no llaman Él mismo pide ser admitido, permite que los que le buscan lo encuentren, y se revela a los que no le buscaron.

FURIOSO CONTRA LOS MALOS. Por otra parte, también observé su fiera y terrible ira contra los rebeldes e ingratos a quienes persigue airadamente en su enojo, dándoles alcance no importa donde huyan; pues escapar de sus manos es imposible y caer en ellas horrenda cosa. En definitiva, que aquellos que se entregan y rinden su ser a Dios ven cómo el terror y la majestad de Dios gobiernan supremas sobre todo, de modo que todas las cosas desde las mas grandes hasta las mas insignificantes ocurren por su voluntad.

CAPITULO XXXLIII

LA LIBERTAD DE LOS CORAZONES UNIDOS A DIOS

LOS VERDADEROS CRISTIANOS SON INAMOVIBLES. De esta fuente ellos derivan lo que los mas sabios del mundo vanamente procuran en sus afanes - a saber, la completa libertad de mente, para no estar sujetos a nada ni nadie sino a Dios, ni obligados a hacer nada contrario a su voluntad. El mundo estaba lleno de coerción, todas las cosas siendo contrarias a los deseos de todos, cada uno siendo desordenadamente sujeto a si mismo o a otros; luego en lucha continua ora contra si mismo o contra los demás. Por el contrario, aquí todo es sereno. Pues habiéndose todos entregado tan completamente a Dios que nada mas les cuida, no reconocen sujeción alguna sobre ellos sino la de Dios. De lo que se conoce que no obedecen ya los mandamientos del mundo, y desprecian sus promesas, riéndose de sus amenazas, considerando como inferiores todas las cosas externas por la segurísima estimación de sus riquezas internas.

Y NUNCA CEDEN. Consecuentemente. el Cristiano, que por lo demás continuamente se muestra solícito, complaciente y servicial, en el privilegio de su corazón es tajante. Luego ni a amigo ni a enemigo se considera atado, ni a señor ni rey, ni a esposa ni a hijo, ni finalmente a si mismo al extremo de no sentirse obligado, por causa suya, a ceder ni en un milímetro de su propósito, a saber, del temor de Dios, sino que antes bien avanza gallarda y raudamente a su meta. No importa que cosa el mundo haga, diga, amenace, prometa, ordene, ruegue, advierta, o urja, nada permite que lo mueva.

LA MAYOR LIBERTAD JUNTO AL MAYOR SERVICIO. El mundo, siempre perverso, y persiguiendo sombras en lugar de la verdad, imagina que la libertad consiste en ser libre, en no estar sujeto ni servir a nadie, sino en darse a la holganza, el orgullo y las pasiones. Por el contrario, el Cristiano obra de manera completamente distinta, pues, habiendo fortificado bien su corazón para preservar su libertad en Dios, emplea todo el resto para ministrar a las necesidades de su prójimo. Pues yo he visto y he aprendido que no existe en parte alguna mayor servidumbre, ni nadie mas esclavizado a ella, si se me tolera la expresión, que el hombre ligado a Dios: pues con gusto y alegría presta aun hasta los mas bajos servicios que uno intoxicado con el mundo desprecia. Dondequiera ve una oportunidad de ser de beneficio a sus compañeros, no vacila ni trastabilla, no se compadece de si mismo, ni exagera lo hecho, ni continuamente recuerda a los demás de ello, sino que persevera constante, y sea que se lo trate con gratitud o sin ella, sin ruido y alegremente prosigue sirviendo.

Y CUANTA DELICIA HAY EN ELLO. ¡Ah, feliz esclavitud la de los hijos de Dios, que nada mas libre puede ser imaginado, en la que el hombre se somete a Dios para ser libre en todo otro lugar! ¡Ah, infeliz libertad la del mundo, que mayor esclavitud no puede concebirse, en la que el hombre, ignorando a Dios, se deja esclavizar miserablemente por las cosas! Particularmente cuando sirve a criaturas sobre las que debería gobernar, y resiste a Dios a quien debería obedecer. Ah mortales, ojalá entendiésemos que no hay sino un Dios y solo Uno que es mayor que todos nosotros: ¡el Señor, nuestro Hacedor y nuestro futuro Juez! Quien, teniendo el poder de ordenar, no nos fuerza como a esclavos, sino que nos llama como a hijos a Su obediencia; deseando que aún cuando obedezcamos lo hagamos libre y desinteresadamente. Veramente, servir a Cristo es reinar; y ser vasallo de Dios mayor gloria que monarca de toda la tierra: ¡que entonces ser amigo e hijo de Dios!

CAPITULO XLIV

LA REGLA DE LOS CRISTIANOS ESPIRITUALES

LAS LEYES DE DIOS SON BREVES. Dios a la verdad desea ver a sus hijos libres, más no siguiendo cada cual su propia voluntad: por tanto, los rodea de ciertas reglas más eficaces que cualquier otra cosa que tuvo oportunidad de observar en el mundo. Allí ciertamente todo era desorden: en parte porque no había un orden señalado, en parte porque el poco que había los hombres no lo acataban. Mas estos que habitan dentro de la partición, poseen y acatan un orden excelentísimo. Pues tienen reglas dadas por Dios mismo, llenas de justicia, que decretan que todo aquel que se consagra a Dios debe servirlo a Él como único Dios en espíritu y en verdad, sin imag corporales. Debe utilizar su lengua no para ofender sino para honrar su reverenciado Nombre: debe ocupar los tiempos y estaciones señaladas para Su servicio en nada sino en Su exterior e interior adoración; debe estar sujeto a sus padres y a otros colocados en autoridad sobre él por Dios; no debe hacer daño a la vida de su prójimo; y preservar su propio cuerpo en pureza; debe respetar la propiedad de los demás, alejarse de la falsedad y el engaño, y restringir su mente dentro de los límites y fronteras prescriptas para su uso.

SE SUMARIZAN EN DOS PALABRAS. En resumen, debe amar a Dios por sobre todo lo que puede ser nombrado y debe sinceramente desear tanto bien a su prójimo como el que desea para sí mismo. Cuya suma de las leyes divinas, comprendida en estas dos frases, he oído alabar en grado altísimo, y yo mismo la he puesto a prueba y la he hallado superior a las incontables leyes, sanciones y decretos del mundo - si, superándolos mil veces.

EL VERDADERO CRISTIANO NO NECESITA COPIOSAS LEYES. Pues quien ama a Dios con todo su corazón no necesita indicaciones sobre cuándo, dónde y cuanta veces debe servirlo, adorarlo y honrarlo. Pues esa vivaz pronta con Dios, y su presteza para obedecerle, son el mejor modo de honrar a Dios, y conducen al hombre a alabar a Dios con su mente y glorificarlo con sus obras. De igual modo, quien ama a su prójimo cómo a sí mismo no precisa de elaboradas directivas respecto a dónde, cuándo y de qué modo debe ocuparse de él, cómo no debe perjudicarlo y cómo debe devolverle las deudas que le adeude: el amor le enseñará y mostrará la manera de conducirse con su prójimo. Es una marca del hombre impío el estar demandado en todas partes sus derechos y el conducirse en relación a los otros de acuerdo a estrictas leyes y convenios; pero en cambio, en la intimidad de nuestro corazón el dedo de Dios nos señala que es un deber tratar a nuestro prójimo del mismo modo que desearíamos nos trate a nosotros. Pero puesto que el mundo ignora el testimonio interior de sus propia conciencia y observa tan sólo reglas exteriores, no existen orden ni derecho en el mundo, sino tan sólo sospechas, desconfianza, malos entendidos, celos, contiendas, envidia, odios, robos, asesinatos, y demás. Mas los que en verdad se han consagrado a Dios, observan tan sólo lo que su conciencia les adumbra, lo que les prohíbe lo evitan; cualquier cosa que les señala debe ejecutarse la cumplen, sin cuidarse de ganancias, favores o cosa alguna.

COMUNIÓN EN TODAS LAS COSAS. Concerniente a las posesiones, observé que aunque la mayoría de ellos eran pobres, no poseyendo o preocupándose mucho por aquello que el mundo denomina riquezas, no obstante eso casi cada uno de ellos poseía algo. Mas no lo esconde, como ocurría en el mundo, ni lo oculta del resto, antes bien lo tiene como si fuera en común, presto y dispuesto a socorrer a cualquiera y a prestárselo

a quien lo necesite. Todos utilizan su propiedad de modo tal como si estuvieran sentados en torno a una mesa común y repartiendo las provisiones en igual medida. Viendo esto, me avergoncé al pensar cómo entre nosotros a menudo ocurre lo opuesto, algunos llenando y atiborrando sus casas con moblaje, ropas, alimentos, oro y plata hasta donde pueden, mientras que al mismo tiempo otros, que no son menos hijos de Dios, tienen apenas lo suficiente para comer y vestirse. Luego comprendí, repito, que de ningún modo es esta la voluntad de Dios, antes bien el uso de este mundo perverso, que algunos se vistan con delicadezas y otros anden desnudos; algunos eructando de saciados, mientras otros bostezan de hambre; algunos ganando laboriosamente, otros derrochando insensatamente; algunos pasando el tiempo en fiestas y diversiones, otros llorando. Pues de esto provienen el orgullo y el desprecio de los demás por parte de los primeros, y la envidia, los celos, y otras pasiones por parte de los últimos. Mas no se hallan tales cosas entre los Cristianos; pues todas las cosas son comunes a todos, hasta sus propias almas.

CAPITULO XLVI

LOS SANTOS TIENEN ABUNDANCIA DE TODO

CONTENTARSE CON LO QUE SE TIENE ES LA VERDADERA RIQUEZA. El mundo está lleno de Martas, afanándose y atareándose, intentando acaparar cosas en todas direcciones y preocupándose por ellas, y no obstante no teniendo nunca lo suficiente. Estos Cristianos, por el contrario, tienen un temperamento diferente: pues cada uno anhela sólo sentarse quedamente a los pies de su Señor, satisfecho con lo que allí recibe. Consideran a la gracia de Dios habitando en su interior como sus verdaderas riquezas y se consuelan tan sólo con estas. Las posesiones externas que el mundo llama riquezas las tienen más por carga que por ganancia, pero las utilizan para las necesidades de la vida - las necesidades, digo. Por lo tanto, aquello que Dios les ha concedido a cualquiera de ellos, sea mucho o poco, lo dan por suficiente. Crean, y plenamente descansan en el cuidado de Dios, y por ello consideran impropio desear nada que Dios no les haya otorgado. Observé aquí un extraño fenómeno: poseían algunos cantidad de fortuna, en plata, oro, coronas y cetros (pues Dios cuenta aún con tales entre los suyos), mientras que otros casi nada salvo su cuerpo a medias cubierto, emaciados de hambre y sed. Y sin embargo los primeros profesaban no poseer nada, mientras los últimos poseerlo todo, y ambos se hallaban por igual de alegre ánimo. Luego comprendí que aquel tan sólo es verdaderamente rico y nada le falta quien sabe contentarse con lo que tiene - sea mucho o poco el dinero; grande, pequeña, o ninguna la habitación; caras, baratas o ninguna las prendas; muchos, uno o ninguno los amigos; exaltada, humilde o ninguna la posición, el oficio, el honor o la fama: en definitiva, ser algo o nada es por igual indiferente para ellos en la convicción de que cualquier cosa que Dios disponga para ellos, o hacia donde los conduzca, o eleve, o asiente, por ése camino deben andar, elevarse o asentarse; todo ello siendo mejor de lo que ellos pueden entender.

A LOS CRISTIANOS VERDADEROS NO LES FALTA NADA ¡Ah, bendita y apetecible abundancia! ¡Felices los que son ricos de este modo! Pues aún cuando a los ojos del mundo algunos de ellos puedan aparecer como desgraciados y miserables, sin embargo en realidad se hallan mil veces mejor provistos, aún en cuestiones temporales, que muchos de los ricos del mundo. Pues los postreros deben protegerse a sí mismos, estando expuestos junto a sus riquezas a mil accidentes, en peligro de perder sus bienes por el fuego, el agua, la polilla, el orín, los ladrones y otras exigencias. Los primeros, teniendo a Dios por guardián, perpetuamente hallan en Él la fuente de provisión para todas sus necesidades; pues a diario Él los alimenta de sus reservas, los viste de su tienda, les suministra para sus necesidades de Su propio tesoro - sino más allá de sus necesidades, al menos siempre lo que es verdaderamente necesario. Si su botín no concuerda con las razones de ellos, concuerda con Su providencia, en la cual confían mil veces más prontamente que en sus propios razonamientos.

CAPITULO XLIX

LOS SANTOS TIENEN GOZO CONSTANTE

LA CONCIENCIA LIMPIA ES UNA FIESTA PERPETUA. Y no solamente disfrutan de paz en su interior, sino de continuo gozo y delicia, provocados por la presencia y la conciencia del amor de Dios. Pues donde está Dios, allí está el cielo; y donde está el cielo, allí hay gozo perpetuo, y donde hay gozo perpetuo, allí el hombre no sabe qué más desear. Comparadas con él, todas las alegrías terrenales no son sino una sombra, una charada, una burla; no existe en mí capacidad para describirlo o aún para sugerirlo suficientemente con palabras. Vi y percibí, y noté y aprendí que poseer a Dios con todos Sus tesoros es tan excelsamente glorioso que toda la majestad de este mundo, su esplendor y brillo no pueden compararse con Él. Es algo más gozoso de lo que el mundo puede añadirle o restarle. Es más grande y más excelente de lo que el mundo puede aprehender o discernir.

NOTA BENE. Pues ¿de qué otro modo sino gozoso puede hallarse un hombre que es consciente de, y percibe en su interior, tal luz de Dios, tan noble armonía causada por el Espíritu Santo, tal libertad del mundo y de su esclavitud, tal seguro y abundante cuidado de Dios sobre su persona; tal protección contra enemigos y accidentes, y, finalmente tan constante paz, como las que se han demostrado? Es esta la dulzura que el mundo no aprehende: la dulzura que, si tan solo alguien la probara, desde ese instante arriesgaría todo por tenerla; la dulzura que ninguna otra dulzura puede incitar, ni amargura alienar, ni delicia seducir, ni calamidad alguna, ni aún la misma muerte, arrebatarse.

Entonces comprendí qué es aquello que a veces ha impelido a muchos de los santos de Dios a arrojar lejos de sí voluntariamente honores, favores de hombre, posesiones y riquezas, qué los vuelve igualmente prestos a renunciar al mundo entero, si en ellos cupiera; a otros, a entregar sus cuerpos de buena gana para ser apresados, azotados o muertos, hallándose dispuestos a atravesar mil muertes- si el mundo pudiera repetir las - por agua, fuego y espada, cantando en sus tormentos. ¡Ah, Señor Jesús, cuán delicioso eres para los corazones que Te han probado! ¡Bienaventurado aquel que entiende esta delicia!

CAPITULO LI

LA MUERTE DE LOS CRISTIANOS FIELES

PARA UN CRISTIANO LA MUERTE ES PLACENTERA. Luego de haber caminado entre los Cristianos y haber examinado su comportamiento, finalmente vi que entre ellos también se movía la Muerte. Pero no como en el mundo - de horrible, desnuda y repulsiva apariencia - sino envuelta prolijamente en los lienzos de lino que Cristo dejó en Su sepulcro. La Muerte se aproximó aquí a uno y allá a otro, y les informó que ya era su hora de partir de este mundo. ¡Ah, qué alegría, qué rpto de felicidad al recibir este mensaje! Dispuestos estaban a someterse a toda clase de dolores, aún la espada, el fuego, las pinzas, o cualquier tortura, sólo para apresurar la hora de su liberación. Luego cada uno se dormía en paz, alegre y sosegadamente.

QUE LES OCURRE DESPUÉS DE LA MUERTE. Observando lo que habría de seguir, noté que los ángeles, de acuerdo a la orden de Dios, hallaban para cada uno de ellos un lugar donde su cuerpo tendría su pequeña cámara de descanso. Cuando el cuerpo es colocado allí por sus amigos o sus enemigos, o aún por los mismo ángeles, estos últimos custodian la tumba para que los cuerpos de los santos están seguros contra Satanás de modo que ni una sola partícula de polvo se pierda. Otros ángeles, mientras tanto, tomando el alma, la trasladan hacia lo alto en esplendor de indescriptibles raptos. Cuando quise mirar tras ellos (ajustando mis anteojos), percibí gloria inefable.

CAPITULO LIII

EL PEREGRINO ES RECIBIDO ENTRE LOS HIJOS DE DIOS

Cuando concluí, mi Salvador, Jesucristo, se dirigió a mí desde su trono con estas apetecibles palabras: “No temas, amado mío, porque Yo, tu Redentor, estoy contigo; Yo soy tu consolador, no tengas miedo. Mira, tu iniquidad es quitada y tus pecados lavados. Gózate y alégrate, pues tu nombre está escrito junto al de estos, y si me sirves fielmente, te convertirás en uno de ellos. Todo lo que has visto, usa en el temor de mi nombre, y a su tiempo verás cosas mayores que estas. Mantente en el llamado al que te he llamado y camina por el camino de gloria que te he señalado. Mientras te deje en el mundo, permanece allí como un peregrino, un extranjero y un visitante; pero conmigo tu eres un miembro de mi casa, pues te concedo el derecho de ciudadanía. Por tanto, busca tener tu conversación aquí, y eleva tu mente hacia mí tan constantemente como puedas, aunque condesciendo hacia tu prójimo cuan bajo te sea posible. Usa de todos los bienes terrestres mientras vivas en esta tierra, pero determínate contra del mundo y la carne. Guarda interiormente la sabiduría que te di, mas exteriormente observa la simpleza que te ordeno. Que tu corazón sea audible, pero tu lengua silenciosa. Sé sensible a los sufrimientos del prójimo, pero inoculado contra los daños que te cause. Sírveme sólo a mí con tu alma, pero con tu cuerpo a quien puedas o debas. Lo que te ordeno, cumple, y lo que cargue sobre tus espaldas, cárgalo. Sé reservado para con el mundo, pero íntimo conmigo. Permanece en el mundo con tu cuerpo, pero conmigo en tu corazón. Si haces estas cosas, bienaventurado serás, y te irá bien. Parte ahora, amado mío, y persevera en tu llamado hasta el fin, gozosamente usando del solaz que te he traído.”

CAPITULO LIV

LA CONCLUSIÓN DE TODO ELLO

De repente la visión se desvaneció de mis ojos y, cayendo de rodillas y elevando mis ojos al cielo, le agradecí como pude a mi Redentor con estas palabras:

“Bendito eres Tú, Señor mío y Dios mío, y digno de eterna alabanza y exaltación, y bendita sea Tu gloria, reverenciada y cantada por todas las edades. Glorifíquente Tus ángeles, y todos Tus santos proclamen Tu alabanza. Pues eres grande en poder, y Tu sabiduría es inescrutable. Tu misericordia está por encima de todas Tus obras. Te glorificaré, Señor, mientras viva, y cantaré Tu nombre mientras tenga aliento; pues me diste gozo en Tu misericordia, y llenaste mi boca de raptos de alabanza; Me rescataste de violentos torrentes, me arrancaste de profundos remolinos, y pusiste mis pies en lugar seco. Lejos me había descarriado, Dios mío, eterna dulzura, pero en Tu misericordia te allegaste. Perdido andaba, y Tú me condujiste de vuelta. Deambulé sin rumbo, habiéndote perdido a Ti y a mí, pero me alcanzaste e hiciste que me devuelva a mí, tanto como a Ti mismo. Llegué hasta la misma amargura del infierno, pero me detuviste y me regresaste a la misma dulzura del cielo. Por tanto - bendice al Señor, alma mía, y bendiga todo mi ser Su santo nombre - Mi corazón está dispuesto, o Dios, mi corazón está dispuesto: cantaré a Ti y a Ti daré la gloria. Pues Tú eres más alto que toda cima y más profundo que todo abismo, maravilloso, glorioso, y lleno de misericordia. Ay de las almas insensatas que Te abandonan, creyendo hallar reposo en otra parte; pues fuera de Ti ni el cielo, ni la tierra, ni el abismo lo posee. ¡Sólo en Ti hay eterna paz! El cielo y la tierra por Ti fueron hechos, y son buenos y bellos y apetecibles pues Tú los forjaste; pero no son ni tan buenos ni tan bellos ni tan apetecibles como Tú, su Creador; por tanto, no pueden satisfacer ni bastar a las almas sedientas de felicidad. Tú eres, o Señor, la llenura de toda plenitud, y nuestros corazones están inquietos hasta que descansan en Ti. Tarde Te amé, eterna hermosura, porque tarde Te conocí. Pero Te conocí cuando Tú, o celestial lucero, me iluminaste. Que el que aún te ignora no te alabe, ¡mas todo lo que hay en mí confiese a Jehová! ¡Quien pudiera concederme que mi corazón se prendara de Ti, eterna Fragancia, para olvidarme de todo lo que no fueras Tú, Dios mío! No te escondas de mi corazón, hermosura sin fin. Si las cosas externas llegaran a oscurecerte, que nunca Te pierda de vista. Refréname, Señor, condúceme, carga conmigo, de modo que nunca más me aleje de Tu presencia y tropiece. Concédeme que pueda amarte con un amor eterno, y fuera de Ti no amar cosa alguna, salvo por amor a Ti y en Ti. ¡O infinito amor! Pero ¿qué más he de decir, Señor? Heme aquí, Tuyo soy, Tuyo eternamente. Renuncio al cielo y a la tierra para solo a Ti tenerte. ¡No te niegues a mí y será suficiente por toda una eternidad, sin mudanzas! Tú solo me bastas. Mi alma y mi cuerpo exultan en Ti, o Dios viviente; Ah, ¿cuándo vendré y me presentaré delante de Ti? Cuando sea Tu voluntad, mi Señor y mi Dios, tómame, pues aquí estoy, listo; llámame cuando lo desees, del modo que Tú desees. Dondequiera me envíes iré y lo que sea que ordenes haré. Que Tu buen Espíritu me guíe entre las trampas del mundo como en un llano, y que Tu misericordia y amor me acompañen en mi camino. Condúceme por entre esta triste oscuridad del mundo hacia la luz eterna. Amén y Amén.”

GLORIA IN EXCELSIS DEO
ET IN TERRA PAX
HOMINUBUS BONAE VOLUNTATIS¹

¹ Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad